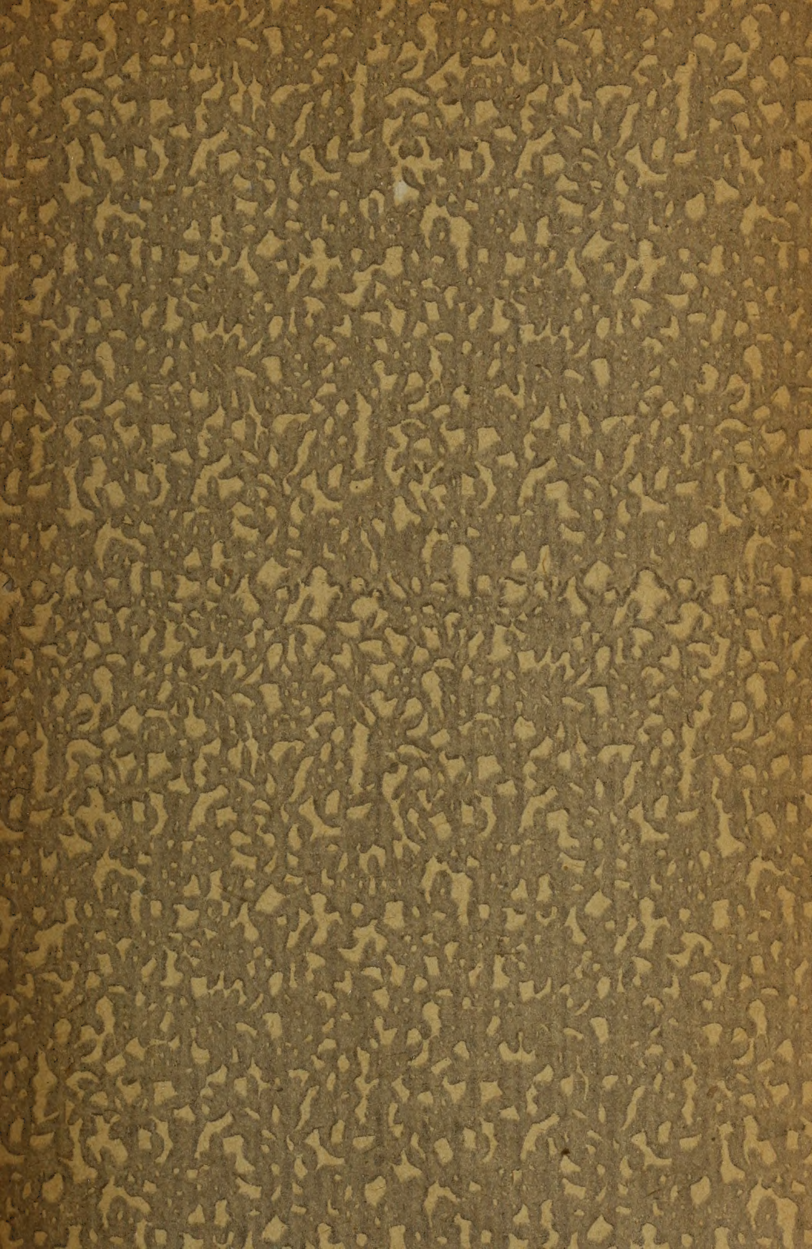

3 1761 09545921 0





LA CASA DE LA PRIMAVERA

OBRAS DEL AUTOR

EL POEMA DEL TRABAJO. DIÁLOGOS FANTÁSTICOS. FLORES DE ESCARCHA Segunda edición 3,50
SOL DE LA TARDE Novelas Segunda edición 3,50
LA TRISTEZA DEL QUIJOTE Ensayo................ 4,00
EL AGUA DORMIDA Novelas.................... 3,50
LA CASA DE LA PRIMAVERA Segunda edición...... 3,50

TEATRO

TEATRO DE ENSUEÑO Segunda edición.......... 3,50
LA SOMBRA DEL PADRE. EL AMA DE LA CASA. HECHIZO DE AMOR Segunda edición............. 3,50
CANCIÓN DE CUNA. LIRIO ENTRE ESPINAS. EL IDEAL Segunda edición............................ 3,50
PRIMAVERA EN OTOÑO 3,50
EL POBRECITO JUAN. 1,50
MAMÁ. EL ENAMORADO......................... 3,50
MADAME PEPITA. LA SUERTE DE ISABELITA....... 3,50
EL PALACIO TRISTE.......................... 2,00

G. MARTÍNEZ SIERRA

LA CASA DE LA PRIMAVERA

LOS ROMANCES DEL HOGAR

LAS CIUDADES ROMÁNTICAS — PAISAJES ESPÍRITUALES

EL MENSAJE DE LAS ROSAS — LAS HORAS



MADRID
RENACIMIENTO
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL
Pontejos, 3.
1912.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL — PONTEJOS, 3.

A MARIA

BALADA EN HONOR
DE LAS MUSAS DE CARNE Y HUESO

Á GREGORIO MARTÍNEZ SIEERRA

Nada mejor para cantar la vida
Y aun para dar sonrisas á la muerte,
Que l'áurea copa en donde Venus vierte
La esencia azul de su viña encendida.
Por respirar el perfume de Armida
Y por sorber el vino de su beso,
Vino de ardor de beso en embeleso,
Fuérase al cielo en la bestia de Orlando.
Voz de oro y miel para decir cantando:
¡La mejor musa es la de carne y hueso!

Cabellos largos en la buhardilla,
Noches de insomnio al blancor del invierno,
Pan de dolor con la sal de lo eterno
Y ojos de ardor en que Juvencia brilla;
El tiempo en vano mueve su cuchilla,
El hilo de oro permanece ileso;
Visión de gloria para el libro impreso
Que en sueños va como una mariposa,
Y una esperanza en la boca de rosa:
¡La mejor musa es la de carne y hueso!

Regio automóvil, regia cetrería,
Borla y muceta, heráldica fortuna,
Nada son como á la luz de la luna
Una mujer hecha una melodía.
Barca de amar busca la fantasía,
No el yacht de Alfonso ó la barca de Creso.
Da al cuerpo llama y fortifica el seso
Ese archivado y vital paraíso:
Pasad de largo, Abelardo y Narciso:
¡La mejor musa es la de carne y hueso!

Clío está en esta frente hecha de aurora,
Euterpe canta en esta lengua fina,
Talía ríe en la boca divina,
Melpómene es ese gesto que implora.
En estos pies Terpsícore se adora,
Cuello inclinado es de Erato embeleso,
Polimnia intenta á Calíope proceso
Por esos ojos en que Amor se quema;
Urania rige todo ese sistema:
¡La mejor musa es la de carne y hueso!

No protestéis con celo protestante
Contra el panal de rosas y claveles
En que Tiziano moja sus pinceles
Y gusta el cielo de Beatrice el Dante.
Por eso existe el verso de diamante,
Por eso el iris tiéndese, y por eso
Humano genio es Celeste progreso.
Líricos cantan y meditan sabios
Por esos pechos y por esos labios:
¡La mejor musa es la de carne y hueso!

ENVÍO

Gregorio, nada al cantor determina
Como el gentil estímulo del beso:
Gloria al sabor de la boca divina:
¡La mejor musa es la de carne y hueso!

RUBÉN DARÍO

ROSAS DE AMISTAD

Ay, Gregorio! los días han pasado. Nosotros
éramos dos hermanos y el jardín nos unía...
Libros, flores y músicas. Después vinieron otros...
Y María, tres veces amapola, María,

agua y lira tres veces, la que llevó al poeta
como un niño á través de estos parques de llanto,
tendrá un rosa ó un oro en vez de aquel violeta
del corazón florido que la quería tanto...

Ilusión de hojas de oro! hay corazón, hay frente
que encante así el camino de ensueño y de belleza?
Oh, nuestra casa lírica, nuestra luna de oriente,
nuestra fuente de luna, vuestra paz, mi tristeza!

Ilusión que el otoño llenó de hojas de oro!
sólo floreces una vez? en qué quimera
he visto una ilusión que daba su tesoro
de rosas, á la brisa de cada primavera?

Rosas de amor, ya nunca vendréis á embellecerme?
tú, luna, solamente platearás mis dolores?
Ilusión de hojas de oro! ó es que la dicha duerme
y volverás, un día, á cubrirte de flores?

JUAN R. JIMÉNEZ

PARA EL LIBRO

«LA CASA DE LA PRIMAVERA»

DE GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

EL POETA

Maldiciendo su destino
como Glauco, el dios marino,
mira, turbia la pupila
de llanto, el mar que le debe también su virgen Scyla.

El sabe que un dios más fuerte
con la substancia inmortal está jugando á la muerte
cual niño bárbaro. El piensa

que ha de caer como rama que sobre las aguas flota
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa.

En sueños oyó el acento de una palabra divina;
en sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina
sin odio ni amor; y el frío
soplo del olvido sabe sobre un arenal de hastio.

Bajo las palmeras del oasis el agua buena
miró brotar de la arena;
y se abrevó entre las dulces gacelas, y entre los fieros
animales carniceros...

Y supo cuánto es la vida hecha de sed y dolor;
y fué compasivo para el ciervo y el cazador,
para el ladrón y el robado,
para el pájaro azorado,
para el sanguinario azor.

Con el Eclesiastes dijo: Vanidad de vanidades,
todo es negra vanidad;

y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades:
Sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad.

Y viendo cómo lucían
miles de blancas estrellas,
pensaba que todas ellas
en su corazón ardían...
¡Noche de amor...!
Y otra noche sintió la mala tristeza
que enturbia la pura llama,
y un corazón que bosteza,
y un histrión que declama.

Y dijo: las galerías
del alma que espera están
desiertas, mudas, vacías;
las blancas sombras se van.

Y el demonio de los sueños abrió el jardín encantado
del ayer. ¡Cuán bello era!
¡qué hermosamente el pasado
fingía la primavera,
cuando del árbol de otoño estaba el fruto colgado,

mísero fruto podrido,
que en el hueco acibarado
guarda el gusano escondido!

¡Alma que en vano quisiste ser más joven cada día,
arranca tu flor, la humilde flor de la melancolía!

ANTONIO MACHADO

CONVIVIAL

Á G. MARTÍNEZ SIERRA

Recibo, en pleno combate, el anuncio
de la gran paz que en tu casa me espera,
y, aunque al dolor de la acción no renuncio,
vuelvo el abrazo á tu musa casera.

Vuelvo el abrazo y me siento el regusto
de un conversar en la larga vigilia;
y la oigo hablar y con ella me ajusto
en una comunidad de familia...

Tú has destapado la tarra de mieles
y para mí has reservado cubierto
sobre tu mesa, en los limpios manteles
que perfumaron manzanas del huerto.

Yo errante voy y el convite me llega
en lo más duro del agrio bullicio:
como una fuente el convite me riega
mi tormentoso jardín de suplicio.

Tú, constructor de apacible vivienda,
pones en ella tu blanco estandarte,
y á mí, que voy al azar por la senda,
en tu retiro me llamas aparte.

Me dices: "Entra, que estás en tu casa;
aquí hallarás las santas bondades,
la mesa puesta y la vida que pasa
y el trato dulce de las hermandades.

Tengo rincones donde reposarnos,
claras ventanas sobre los paisajes,
los ojos de ella *donde depurarnos*
y provisión de sueños y viajes.

Entra en mi casa, que el mundo te aprieta,
y tiene un cerco azul tu pupila;
entra en mi casa, que en ella, poeta,
podrá fluir tu vena tranquila!,,

—

Y es la verdad que tú has hecho el prodigio,
y que has triunfado de todo tumulto,
y te has librado de todo litigio,
cruzando el mundo entusiasta y oculto.

Con las arenas de toda doctrina,
con agua y barro, en los hornos sencillos,
— ejemplo tú de constancia latina —
te has fabricado tus propios ladrillos.

Y tienes ya tu vivienda dorada,
y en ella el dulce jardín con umbría,
y la fontana que dice, encantada,
toda la paz en amor de tu día.

Ya ves el mundo desde tu ventana
y ya tu parte de sol es bien tuya:
bañas tu lira en la luz meridiana
y por tu estrofa le ordenas que fluya.

Y á los que van por los agrios caminos,
porque la Dicha á su voz se resiste
y dudan de ella, en sus negros destinos,
tú, desde lejos, les gritas: «¡Existe!»

¡Oh, clara voz del amigo poeta!
¡Oh, toda auxilios y toda sufragio,
gota de aceite que el mar nos aquieta
y luz de estrella polar en naufragio!

ENVÍO

Beso, en tu puerta, estas hojas de palma
que al forastero le dan esperanza;
beso la mano que ha puesto en tu alma
esta caudal plenitud de bonanza:

y porque el son de tu voz me ha movido,
porque la paz de tu casa he probado,
ya sé qué voz escuchar, de cansado;
ya sé á qué asilo acogerme, de herido.

EDUARDO MARQUINA

LA MUSA DE MARTÍNEZ SIERRA

Un clamor de claras campanas resuena;
su collar de perlas rompe el surtidor;
florece la aurora, y la vida es buena
porque está hecha para la paz y el amor.

Como golondrinas, olorosas manos
quitan las espinas que ciñen las frentes...
Lobos y corderos parecen hermanos;
anidan palomas entre las serpientes.

Remanso de ensueño... Vida cotidiana,
la vida de esas castas soñadoras
que aguardan al novio tras de la ventana,
bordando el milagro azul de las horas.

El amor nos brinda su poma madura;
bajo los rosales se oculta el abismo...
¡Hay tanta alegría, que hasta la amargura
tiene un confortante dejo de optimismo!

Espejo de plata, vereda florida...
Gloria en las alturas y paz en la tierra,
luz y amor en todo... ¡Tal mira la vida
la musa optimista de Martínez Sierra!

¡Oh, musa que engarzas tesoros dispersos
y enjugas el llanto que ciega la pena,
prodigando á todos la sangre en tus versos
como Jesucristo en su última cena;

sé como una lluvia de paz y cariño;
y á aquel que maldice su negra fortuna
aduerme en tu seno, lo mismo que á un niño,
cantando tu nueva canción de la cuna.

Al través del tiempo y el espacio escucho
las palabras con que tu voz perdonó,
á la Magdalena porque amaba mucho
y á Luzbel—el odio—porque nunca amó!

¡Sigue, santa musa, posando tu boca
sobre las heridas de la Humanidad,
con tus negros sayos y tu blanca toca
igual que una hermana de la Caridad!

FRANCISCO VILLAESPESA.

PARA «LA CASA DE LA PRIMAVERA»

DE GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Aquí mi corazón emocionado
vuelve á gustar pretéritas delicias
de buen vivir. El tiempo ¿se ha parado?

Primavera que tornas y acaricias
mi recuerdo con esa tu fragancia
de manantial naciente, de primicias

frutales, de primer amor, de infancia,
primavera gozada, ¿por qué llenas
con renovada luz toda mi estancia?

¿Quién á mudables horas dió cadenas
y con incontestable señorio
las mantiene propicias y serenas?

Si es más fugaz que estela de navío
nuestra vida en el mundo, y más liviana
que sombra de libélula en el río,

¿cómo se ha detenido la mañana
del año aquél, aquella primavera,
no sé ya si presente ó si lejana?

Mirad: la inconsistente pasajera,
por la gracia invencible de un conjuro,
se ha quedado en el libro prisionera.

Fué milagro de amor; que amor, si es puro,
ni duda, ni se altera, ni se pasa:
¡como el oro, luciente, fino y duro!

¡tranquilo, ardiente como viva brasa!...
Ved cómo resplandece aquí, bendita
por una risa de mujer, la casa.

Tal el conjuro fué: no necesita
de otra llave el ensueño, de otro canto
la quietud, la ventura, de otra cita.

En el círculo estoy: obra el encanto.
¡Dame tus joyas, cincelado escriño,
libro de paz, dulce y sereno, tanto

como lo son las lágrimas de un niño!

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

Noviembre 1912.

LOS ROMANCES DEL HOGAR

... Heureux l' homme d' un seul amour;
Jamais son pas égal n' hésite au carrefour,
Car la marche qu' il suit dans la vie est guidée
Par la même visage et par la même idée.

Heureux le simple et doux porte du foyer
Qui respire l' air frais de la nuit á sa porte
Et tresse, au bruit que font la vigne et le rosier,
Ses strophes, vers á vers, comme un flexible osier,
Pour y garder l'amour que son âme en fleur porte.

CHARLES GUERIN.

Le Cœur solitaire.

LA CASA

I

NUESTRA casa es alegre
como un cascabel lleno
de música, y serena
como noche de enero.
Son las paredes grises,
mas el sol está preso
en ellas y las dora con su risa,
que sin duda le place el cautiverio
de gris y blanco y paz. Romanticismos
de que ni el sol se libra en estos tiempos.
Además, los poetas

tenemos perfectísimo derecho
á que el sol venga á casa, y nos alegre
el gris del alma, y el azul del sueño,
y el blanco del mantel, y las cuartillas,
y la caricia de los ojos negros
que nos miran con tan tenaz dulzura,
aunque no los miremos,
por estarnos rimando
—precisamente para el sol—los versos
mejores y las prosas más fragantes
de nuestro corazón loco. Pasemos.
—Esto ha sido un paréntesis.—
La casa, nuestra casa, huele á incienso
y á flores: hoy violetas,
mañana rosas, y claveles luego;
huele á sándalo, á albahaca, á mejorana,
á menta, como aquellos
jardines de la sierra, donde, niños,
cuando la procesión del Corpus, hemos
ido á cortar hojas de lirio y hierbas
de buen olor, para alfombrar el suelo.
Tú, tan paganamente
mística, lo has dispuesto

así para que el aire
en torno tuyo sea iglesia y huerto,
Imitación de Cristo y alegría
de amanecer, secreto
de bóveda ojival y paz de zarza
que ha florecido á orilla del sendero.

II

Nuestra casa es la barca
donde el alma de un día
que fuese todo amanecer, cuajando
en una perla viva,
se ha echado á navegar. De tantos mares
y de tantas orillas
que son un solo mar y un solo sueño,
guarda como reliquias,
para alegría de sus muros grises,
unos cuantos recuerdos: la sonrisa
de los pocos amigos; la dulzura
de algunos rostros de mujer bonita;
el retrato de aquel hermano muerto;
el tuyo, con los versos que á tu risa
rimó un poeta triste; el farolillo

que cuelga de una gárgola; la mística
inquietud de quietud de los canales
de Brujas; la divina
sonrisa de Gioconda; la elegancia
de tres Tanagras; la melancolía
de una noche pintada por Santiago
Rusiñol; la caricia
que sobre los naranjos y los sauces
y la fuente dormida
de un jardín levantino
va derramando el sol en su agonía,
y los libros: los versos y las prosas
muy amados, la sal, la miel, la cifra
del ayer y del hoy y del mañana,
la universal pradera florecida
á costa de la sangre, del cerebro,
del alma, de la vida...
Libros, panales para el gusto, hermanos
para las horas tibias
del suspirar sin causa, laberintos
para dejar perdida
la amargura, puñales
para enconar la herida

del corazón, ó bálsamos
para dormirnos el dolor... ¡Benditas
seáis una y mil veces las palabras
que, en los libros dormidas,
aguardáis á toda hora el llamamiento
de un alma, para daros sin medida!
¡Benditas en la paz de nuestra casa,
que aurificáis con vuestra charla amiga!

III

Nuestra casa es el carro
de los titiriteros,
que va por los caminos
vibrando al sol, y oyendo hablar al viento,
sonando á tamboril, á risa, á escándalo
de cornetín, á llanto de pandero,
á temblar de sonajas, á oratoria
funambulesca; lleno
de lentejuelas sobre seda roja,
de emoción, de misterio...
Y las gentes sensatas
que, desde los balcones de su tedio,
le ven pasar, suspiran, cabecean,
y se quedan diciendo:
—¡Los pobres están locos de remate!—

¡Locos¡ ¡pues ya lo creo!
¡pero nuestra locura es nuestra gloria!
Archilocos, lunáticos; por eso
la vida, que es tediosa para ustedes,
para nosotros es fiesta y secreto
cordial, y bendición de Dios, y estrofa
bien rimada, y sendero
con praderas á un lado
y al otro lado huertos,
madreselvas y zarzas en la linde,
y á la sombra de los álamos, versos
con toda la gentil palabrería
del amor, mientras ella va, riendo,
tras de la golosina de las moras,
y nosotros cogemos
para ella el ramo de marfil fragante
cuajado de rocío mañanero.
—Ella nos da las gracias
sencillamente, hundiendo
la cara entre las flores
y suspirando quedo.—
Digo que nuestra casa
es carro de ilusión, y lleva dentro

— ¡flor de la suerte y de la maravilla,
gloria y orgullo nuestros! —
el amor de unos cuantos corazones.
¡Amigos! Ornamento
de nuestra soledad ilusionada,
cómplices del secreto,
que nos hace vivir, atormentados
por la misma inquietud y el mismo anhelo
que son rosa y espina
de nuestro pensamiento,
enamorados de nuestros amores
más íntimos, atentos,
como nosotros, á la voz que llega
no sabemos de dónde, y que trae preso
en el milagro de su son, que nadie
más que nosotros oye, el sortilegio
de lo que siempre estamos esperando
y tampoco sabemos
qué es, ni cómo se llama,
ni cuándo ha de venir... Amigos, lleno
está mi corazón para vosotros
de hondo agradecimiento.
Por las buenas palabras,

por los amables gestos
que á ella y á mí nos dicen
cariño al mismo tiempo;
por haber alegrado nuestras charlas
con el funambulesco centelleo
de vuestras paradojas; por la chispa
que tantas veces salta en mi cerebro
al choque con la piedra
de vuestro pensamiento;
por la emoción que, á veces,
nos ha roto la voz á un mismo tiempo
en medio de una frase
indiferente; por el aleteo
de vuestros entusiasmos,
que son los míos, quiero
llevaros en mi barca para siempre,
guardaros en mi carro el mejor puesto,
rimar para vosotros...
— poetas, saltimbanquis, compañeros
de esta maravillada y luminosa
locura nuestra — quiero
rimar para vosotros
el más emocionado de mis versos!

IV

Nuestra casa es la acacia
— ¡oh, madrileña noche diamantina!—
y el farol veneciano
que cuelga entre sus ramas es tu risa.
Nuestra casa es la parra
que, en la siesta, cobija
tan dulcemente el entre-duerme-y-vela
de la ilusión. Amiga
de toda sobrenatural locura,
sonora, estremecida
de entusiasmo, de amor, de amistad, tiene
también sus horas de melancolía.
... Tarde era de domingo;
buscando una caricia
de intimidad para curar el tedio

de la palabrería
callejera, vinimos el amigo
y yo á casa. Dormida
estaba en su costumbre acogedora
de silencio. La clara luz reía
en la clara madera de los muebles;
la fragancia—alma viva—
de unas rosas, saliéndonos al paso,
nos dió la bienvenida.
Entramos. El silencio
del aire se rompía
con la música alegre
de un piano, y con la voz de unas chiquillas
que en la calle cantaban:
«¡Ramón del alma mía!»
... Nos sentamos. Veníamos hablando
de cosas de la vida,
de locuras y de literaturas.
Siguió la charla; yo apenas oía
las palabras, pensando: ¡Qué tediosas
son las tardes dormidas
de estos días de fiesta! Al fin callamos.
—En la calle seguía

oyéndose el cantar de las rapazas,
y era como una herida
el romance pueril sobre mi tedio
y sobre el tedio de la tarde, tibia
y perfumada por la flor de acacia.—
Pasado un rato, dije yo:—María
no está en casa.—El amigo
no respondió. Perdida
andaba una quimera
de llanto en la alegría
de la voz del piano. Y me dió miedo
pensar en el enigma
de amargura, que acaso nos esconden
los ojos que nos miran
y sonríen. El sol, para la puesta
imperialmente ardía
en toda su soberbia de oro y grana,
y un rayo moribundo abrió una herida
de carmín en la boca
triste de una divina
mujer que Goya retrató...—¿Qué hacemos?—
Con cierto asomo de melancolía
en la voz, respondió el amigo:—Vámonos.—

Al golpe de la puerta, la dolida
casa sonó á cascabel hueco, á barca
desmantelada, á día
sin encuentro de amor. Y por las calles,
ya de sombra tendidas,
llenas de ruido y polvo domingueros,
fuimos andando en busca de tu risa...

LA MESA

I

VESTIDA está de lino,
como un altar, la mesa.
En la blancura del mantel, los iris
del cristal centellean.
— Sal y tesoro de policromía
por la munificencia
de nuestro amigo el sol, que nos regala
una sonrisa á cambio de un poema.—
Fresca en la jarra el agua y rojo el vino,
á ser diamantes y rubíes juegan,
y los claveles blancos

que te envió un poeta
recuerdan, desde el ánfora,
con su fragancia intensa,
amistad, versos y palabrería
fragante como ellos. En la cesta
de mimbres duerme el pan; duerme el silencio
en la estancia; en espera
de que tú le despiertes
con la vibración trémula
de tu reir, duerme también el aire
sobre la clara estrofa, que en la mesa
están rimando pan, lino, claveles,
cristal, plata, fragancia y agua fresca.
Humilde estrofa de la cotidiana
felicidad, discreta
cómplice del vivir ilusionado,
ara de paz que, sonriendo, esperas
á que vengamos á gustar los dones
de tu pan y tu amor, ¡bendita seas!

II

— ¿Sabes, poeta loco
á qué saben las fresas?
— ¿A cariño?
— ¡No tanto
— ¿A gloria?
— No lo aciertas.
Saben al saboreo
de esa emoción secreta,
y tenue, y fugitiva,
que hace vibrar al alma cuando sueña
que las palabras que le están diciendo
con la más elegante indiferencia
llevan dentro un latido
cordial, y si pudieran
florecerían en claveles rojos

de honda y apasionada reverencia.
— ¡Sutil estáis, mi amiga!
— ¿Te burlas?
— ¡No por cierto! En primavera
están muy en su punto
las interpretaciones de la ciencia
sentimental, y plácenme tus pláticas
sobre textos de amor ¡dulce maestra!
— ¡No hablábamos de amor!
— Dame el azúcar
y la nata.
— ¿No es cierto que las fresas
parecen corazones chiquititos,
y da miedo morderlas?
— ¡Pero saben tan bien!
— ¡Materialista!

... Así la charla va sobre la mesa
corriendo y desgranándose
con paz de arroyo sobre una pradera.
Hoy las fresas, mañana las naranjas;
la dorada corteza

del pan, que trae olor á jaramago
y evocación de aldea;
las guindas—¡huerto á orillas
del río y su frescura mañanera!—
la miel, en cuyos oros
está el runrunear de las abejas
entre las matas de romero y salvia,
bajo la calentura de la siesta;
las manzanas que cantan: ¡Romería!
Todo está en todo, y todo en el poema
del humilde vivir, es buena estrofa
si el alma emocionada lo comenta.

¡Ay, amada, que ríes y comprendes:
por la emoción serena
con que la simpatía de tu gozo
perfuma y dora estas
humildes refacciones que tú llamas
«comidas de muñeca»;
por la felicidad que se hace verso
sobre el blanco mantel de nuestra mesa;
por la gloria del agua,

por la gracia del pan, por la madeja
de ilusiones que enredan nuestros ojos
y que nuestro cariño desenreda,
quememos nuestro incienso
antes que pase nuestra primavera,
y recemos agradecidamente:
— ¡Vida, bendita seas!

III

...Estos pocos amigos
han venido á sentarse á nuestra mesa.
Si es la soledad grata,
la compañía es buena;
si el silencio es amable,
inestimable es la funambulesca
perlería de la palabrería
que surte loca, llena
de entusiasmo, encendida, paradógica,
del fondo de estas almas de poeta,
como un florecimiento, como una
lluvia de primavera
que fanfarronamente desgranase
sobre la gloria de las frondas nuevas

todo su peregrino
diamantear de estrellas.
Como es noche de junio, las ventanas
del comedor están todas abiertas,
y el aire que ha pasado
sobre las ya floridas madreselvas,
nos trae el buen olor de los jardines
recién regados; y esta
caricia perfumada
con su misterio nuestra charla aquieta.
Desenvuelve el silencio
su espiral, y la vuelta de la rueca
de la vida hila un siglo ó un segundo
¡quién lo sabe! Alguien reza
como si suspirara: ¡Hermosa noche!
¡Ay, amada! en las lentas,
nocturnas comuniones
con hostia de emoción, por la serena
fragancia del suspiro
que sube de la tierra
¿adónde van las almas de los cuerpos
que están en torno de la misma mesa?
¿por qué jardines vagan?

¿qué mieles saborean?
¿cómo será la lumbre de los ojos
por que cada una de estas bocas tiembla
al decirle á la noche: ¡Hermosa noche?
¿dónde estará dormida la quimera
de cada desvelado pensamiento?
Tú, callando, respetas
el misterioso instante, y cuando tornan
las almas á consciencia,
sonríes, recogiendo en las sonrisas
que á la tuya contestan
la rosa espiritual del enigmático
florecimiento. Amiga de poetas
eres, y confidente de locuras:
cuando partes el pan de nuestra cena,
tus manos pequeñitas
son aves mensajeras
de algún sereno prometer. Bien creo
que la noche te ha dado de su hermética
ciencia la clave, y sabes el secreto
de los luceros y de las estrellas,
y que por eso el pan que nos repartes
duerme las inquietudes, y despierta

los sueños, y hay un florecer de rosas,
y hay un rocío de palabras buenas
dentro del corazón de estos amigos
que han venido á sentarse á nuestra mesa.

LA AMADA HACE ENCAJE DE BOLILLOS

QUÉ estás haciendo?

— Encaje de bolillos.

— Labor de araña...

— Casi de poeta.

— ¡Orgullosa!

— ¡Que no! Acércate, mira,

y admira, si comprendes, la tarea.

Torcer y retorcer hilos sutiles

como palabras bellas,

y hacer con ellos rosas,

laberintos, cadenas,

nubes de blonda y gasa,

redes de tul para prender estrellas.

¿No te parece un sueño
toda esta sutileza?
Arquitectura frágil y florida,
frágil como un poema,
florida como un prado
«por el influjo de la primavera».
¿Te ríes de la cita? Muy mal hecho;
para ser encajera
concienzuda y artista
hay que tener erudición poética.
Yo aprendo en los sonetos de Petrarca
á tejer más perfectas
las rosas de mi encaje,
y pensando en las trenzas
de Laura, cuando muevo los palillos,
suelo soñar que suenan
á palabras de amor que alguien suspira
para mí. ¡Si supieras
cuántos palacios de ilusión y ensueño
á compás de las manos que manejan
agujas y palillos,
van tejiendo con el hilo y la seda
sobre el fondo del tedio cotidiano

las almas de mujer, siempre en espera
de la flor que la vida les promete
y que llega... ó no llega!
Es triste ser mujer, ¿verdad, chiquillo?
sentir tanta impaciencia
como el hombre que más por la aventura,
y el amor, y la guerra
del pensamiento contra el pensamiento,
y tenerse que estar la vida entera
sentadita á la orilla del camino,
engañando las horas con la rueca,
esperando á que pase el caballero
que viene de vencer á la quimera
y busca el premio de unos dulces ojos...
¿Y si no pasa? ¿Y si la primavera
se va, y nacen arrugas en la frente
sin que la vida cumpla su promesa?
Por fortuna, la aguja
corre que corre, y los palillos vuelan,
y la ilusión florece, al sortilegio
de las manos de cera,
en jardines bordados,
en rosas de hilo y seda,

en marañas de encaje
que con dulce impostura nos consuelan
de la esperanza y la desesperanza,
del tedio, del olvido y de la ausencia.
Tú que pasaste á tiempo por mi vida
y paraste mi rueca:
por la canción que se durmió en la rota
maraña, haz un poema
para el ensueño de la interminable
costura, para el vuelo de la hebra
aire arriba, aire abajo,
para el ruidito con que á la encajera
le van mintiendo amores los palillos,
para las niñas que bordan y esperan.
Acaso ellas lo lean en un día
de más honda tristeza,
y suspirando agradecidamente,
perfilen una flor para el poeta.

EL DULCE NOMBRE DE LA MUY AMADA

El dulce nombre de la muy amada
— si en muchas nombre, sólo en ella cifra—
es en mi huerto aroma
y luz de mediodía.
— Sabido es que en mi huerto hay una parra,
y que en junio trasciende á gloria viva
la verde flor.—Así, en el enigmático
jardín de cada vida
florece un nombre y se perfuma un alma.—
El nombre de ella rima
— ¡oh, misterio de gozo!—en asonante
con los claros cristales de la risa,
y así se está riendo en mis amores

con la garrulería
feliz con que se ríen los arroyos,
y las fuentes, y el agua bienvenida
de un chaparrón de agosto, que rebota
en las hojas de higuera. Cada día
hallo un sentido nuevo al pronunciarlo
interiormente, porque están dormidas
en su breve prosodia
todas esas palabras cabalísticas
con que los corazones
juegan á ser juglares, y adivinan,
ó al menos lo pretenden, los secretos
del pozo de la vida.
«¿Me quiere? ¿No me quiere? ¿Poco? ¿Mucho?.
¿Me ha de querer un día?»
¡Oh, claro nombre! ¡Oh, dulce
clave de un optimista
sentido del vivir, compendio de una
honda y sentimental filosofía
en que por toda ley está el quererse
mientras dure la vida!
¡Oh, claro nombre, estrella de mi ruta
y solución de todos mis enigmas!

... A la fuente entre peñas, donde brota
agua de poesía,
he venido á buscar frescas palabras
para hacerte una rima.
En el vaso se ríe el sol, y el iris
destrenza en siete notas esa risa.
¡Ríe tú sobre el iris, dulce nombre,
flor de mi huerto, aroma de mi vida...!

SUTILEZAS FRENTE AL CRISTAL

Me gusta pensar — dices —
mirándome al espejo,
porque el cristal es fiel, y allí, en mis ojos
— mis propios ojos que me miran — veo,
mal que le pese al alma muchas veces,
la verdad de mi propio pensamiento.
Tiene distinto sonreir la boca
para cada recuerdo,
porque cada alma que á nosotros vino
trajo un florecimiento
distinto á nuestra vida,
una fragancia nueva para el huerto
de nuestro corazón, y nuestros ojos,

cómplices del secreto
sentimental, se acuerdan, y traicionan
lo que acaso creemos
tener tan olvidado...
Así, cuando un recuerdo
se está cambiando en emoción, la mancha
— tengo los ojos negros —
la mancha negra se ennegrece, y brota
del hondo terciopelo
una chispa que inunda la pupila
en un temblor, y luego
de lumbre se hace lágrima.
Para el gozo, lo negro
de la pupila se recorta y pierde
el aterciopelado. Hay un misterio
de sombra violeta para palio
de la idea tenaz; un aleteo
para cuando, hecho un nudo en la garganta,
batalla el desconsuelo
que quisiera llorar, con el orgullo
que no le deja, y un desbordamiento
de luz, para clarín del entusiasmo
que no cabe en el pecho.

La boca rima con los ojos una
rima extraña; cuando ellos
se ensombrecen, suele ella
temblar un poco y esbozar un gesto
de seriedad pueril; si la mirada
sonríe á un buen recuerdo,
la boca se dilata sin abrirse,
y nacen los hoyuelos
de la risa; si fija se ha quedado
en el reverencial acatamiento
de la buena esperanza,
por la emoción que el alma va sintiendo
venir, tal vez la lengua,
con lento saboreo,
moja los labios por gustar la extraña
golosina que duerme en el deseo.

Todo esto lo has escrito
cuando estabas muy lejos,
acaso en una noche
de bruma y de misterio,
en esa prosa extraña con que sueles

contarle al papel blanco tus secretos.
— Me gusta pensar — dices —
mirándome al espejo.—
A mí me gusta, cuando estás pensando,
mirarte, y atisbar en el misterio
— flor de tu boca y lumbre de tus ojos —
si me llevas á mí en el pensamiento.

PLÁTICA DE UNA DULCE MAÑANA

VIENES á despertarme sonriendo,
y de filosofía pones cátedra.
— Filosofía de mujer dichosa. —
Sentándote en el borde de la cama,
— Sí, mi señor poeta,
— comienzas á decir — la vida es clara
como estas mañanitas de verano,
y rectilínea como la lanzada
de oro que el sol envía
por entre la persiana.
¡Cómo bailan los átomos de polvo
en el rayo de luz! Así las almas
de los poetas deben vibrar siempre
en perpetua alabanza

del don de maravilla
que Dios les otorgara.
Dios, ¿me entiendes? No te hagas el dormido.
¿Has rezado una Salve esta mañana?
¡Que no! Pues rézala mientras me peino.
¡Señor, señor, qué mala
ralea de hombres son estos poetas,
que no creen en nada!

Yo te miro las manos, sobre el negro
de los rizos tan blancas,
tan chiquitas, con uñas tan brillantes
y tan bien afiladas,
y juro por tu vida
que creo en tí, y me basta;
pero tú, que hoy estás de humor de apóstol,
á pesar de la risa desatada
con que le has dicho al día: «¡Buenos días!»
muy en serio, te enfadas
por la impiedad del loco juramento,
frunces el ceño, y callas.
Claro es que me da risa

verte tan seria, clava que te clava
horquillas en el moño,
y no te digo nada;
pero suspiras luego,
y hay que pedir explicaciones. Largas
son, porque tú en teologías
no admites bromas y eres consumada
exégeta, aunque temo
que un poco hereje, porque te contagian
inevitablemente ciertas laberínticas
filosofías, y el amor te ata
á la tierra con rosas y panales
que no están muy de acuerdo con la santa
austeridad de tus catolicismos;
¡pero, sin duda, la intención te salva!
Ello es que tu doctrina
es de poeta, y tiene la entusiasta
palpitación de hoguera
que funde y forja el hierro de las almas.

— Chiquillo, no le quites á la vida
la gloria del creer, y la esperanza

del vivir más allá de nuestro sueño,
de pensar que este mundo es la mañana
de un amor, que tendrá su mediodía
más allá de la muerte; y que la nada
está henchida de soles y luceros
que son las almas bienaventuradas;
y en medio de los soles, la clemente
sonrisa de María es nuestra guarda,
y nos llega en el claro de la luna
como prenda de bienaventuranza!

Has cruzado las manos pequeñitas,
para tejer la plática,
y te brillan los ojos,
y te tiemblan un poco las palabras,
... y hay que creer, para que tu alegría
no se nos trueque en lágrimas.

EL POETA
CANTA LOS PIES DE LA AMADA

PIECECITOS ligeros,
que vais por los caminos de la vida
con tan sabia despreocupación.
Piececitos menudos, que á la prisa
le dais gracia de orden,
ritmo y sabiduría,
y hacéis del caminar un jeroglífico,
trocando, por la alquimia
de la voluntad suave que os dirige,
movimiento en caricia.
Piececitos menudos y ligeros,
que una tarde, á la orilla
de la senda, os parásteis

á esperar á mi amor, que os perseguía.
Piececitos, que os apartáis á un lado
por no pisar la hierba ni la hormiga;
que os descalzáis para pasar el río
por no enturbiar la risa
del agua; que sabéis por ciencia infusa
de madrileñería
ir repicando á gloria en el asfalto.
Piececitos formales, que á mi amiga
la lleváis á la iglesia las mañanas
en que se siente mística,
y á la Moncloa en las tardes románticas,
cuando le place andar de peregrina
bajo la azul penumbra de los pinos,
donde, á las veces, hace que suspira
por saber á qué saben
los síntomas de la melancolía.
Piececitos gitanos, que en el nido
frágil de unas moriscas
babuchas hacéis juegos malabares,
mostrándome con toda picardía,
bajo el negro calado de la media,
las rosas fugitivas

que piden con imperio el homenaje
de un: «¡A los pies de usted, señora mía!...»
Piececitos de duende
que, sin turbar la rima
del silencio, sabéis ir por la casa
donde el poeta sueña en la divina
paz del atardecer... ¡Ay, piececitos
de ella, que me habéis hecho fetichista!
Piececitos que vais hacia la muerte
con la gracia optimista
y la serenidad con que pudierais
caminar á una cita
de amor, mi amor os sigue
paso á paso, y la senda de la vida
le es camino de gloria, porque en ella
vuestro paso le guía...

FERIA

Vas pasando las horas de tu vida
como las hojas de un libro de estampas.
Vas jugando á la casa de muñecas
con mi amor, con tu dicha, con las almas
que te salen al paso, con la luna,
con los suspiros y con las palabras.
Vas, en el teatrillo de fantoches
que es tu ilusión, representando farsas
adorables, en que hay melancolía,
por darte el gusto de soñar con lágrimas;
y, á las veces, te prendes — ¡buen poeta! —
en la red de emoción que prepararas
para prender la mariposa — ¡oh, Psiquis! —

y suspiras, y te pones romántica,
y hay que curarte á besos y á protestas
de cariño la herida que intentabas
abrir en nuestro corazón; y luego
te ríes, y nos dices con palabras
tan hechas trizas por la risa nueva
que parecen surtir, entrecortadas
por el llanto, de aquella cueva triste
en que la fuente de la pena salta,
que todo ha sido un juego, una tragedia
de fantoches, acaso aquella estampa
de tanto miedo en que á Caperucita
devora el lobo... ¡Oh, manantial de clara
corriente! ¡Oh, cantilena de agua en noria!
¡Oh, misterio y dulzura de asturiana
romería! ¡Oh, trinar de ruiseñores!
¡Lluvia de abril, rapsodia de campanas
en el Sábado Santo! Que todo esto
es tu alegría inagotable, rara
flor que nace en el valle de tu frente
— aun cuando no haga sol — cada mañana,
y, para contemplar el mundo, sale,
medio dormida aún, á las ventanas

maravillosas de tus ojos negros.
Sigue jugando á las muñecas, pasa
las hojas de tu libro, representa
frente á mi corazón todas las claras
locuras que ahora mismo están riéndose
en la negra inquietud de tus pestañas,
donde, al nacer, se te quedó dormido
ese rayo de sol que no se apaga,
ni se podrá apagar jamás en ellas,
porque es la esencia misma de tu alma.
Alma que Dios me dió en la maravilla
de una noche de agosto. Tú mirabas
al cielo como sueles; yo á tus ojos.
Corrió una estrella. — ¿No le pides nada
á Dios por esa estrella que ha corrido? —
Pedí quedito; respondió tu clara
risa á mi devoción. Y desde entonces
está tocando á fiesta una campana.

EL DÍA ESTÁ DE AMOR DE DIOS

SABES vidas de santos, y las dices
como cosa de sueño.
Inevitablemente,
los dos pájaros negros,
que en tus ojos están medio dormidos,
despiertan para oir contar el cuento
divino, y aletean.
Tu voz emocionada va diciendo
nombres de tierras santas,
aventuras de monjes y romeros
en busca del Sepulcro, penitencias;
cómo floreció el yermo
con la oración, regada en sangre y llanto,

del fraile soñador; cómo vinieron
ruiseñores, cantando, á consolarle
cuando ya casi muerto
le rendían en tierra
el dolor y el amor...

— ¡Ay, ojos negros,
ojos suyos y míos! Cómo brillan
cuando ella dice «amor» los dos luceros
que tenéis escondidos en la sombra
de alas, las dos centellas que el misterio
guarda, y que son de oro,
y que son para mí! Pájaros buenos,
dormid, velad la lumbre;
quiero escuchar con reverencia el cuento.

— Hoy es Pascua florida
y te voy á contar el Evangelio;
episodio fragante
que acaeció en un huerto;
historia de mañana

de sábado de abril. En el sereno
candor del campo, que despierta al día
y ríe, á Cristo muerto
buscaba Magdalena; hallóle vivo
— era el buen jardinero —
y no le conoció, que así los ojos
tubardos de deseo
nos suelen engañar cuando buscamos
al amor que está cerca... y no le vemos.
— ¿Eres tú quien hurtaste
el cuerpo de mi bien? ¿dónde lo has puesto?
El jardinero respondió: — ¡María!
El alma conoció la voz: — ¡Maestro! —
clamó la pecadora.

...El alma conoció la voz...

— ¿Qué es eso?

Ojos suyos y míos,
¿por qué lloráis? ¿por qué, pájaros buenos,
no me queréis mirar? ¿por qué se ha roto

la hebra de seda y oro de tu cuento?
También es hoy mañana
de abril, de sol, de Pascua, de Evangelio;
si lloras, llora frente á mí; si lloras
por alas para el cielo,
no vuelvas la cabeza
para llorar tu sueño.
—El día está de amor de Dios—me dices.
Tú lo sabrás; de mí sé que te quiero.
Mi corazón es tuyo;
llévale con tu anhelo,
al Jordán, á Betania, donde quieras,
sobre las alas de tus ojos negros.

POR LA RISA DE LA MUY AMADA

Qué serena estaba la noche,
y qué tranquilo el corazón!
Tenía el aire voz de sueño
y perfume de aparición.
Por la avenida silenciosa
hablábanme de erudición.
Tú me seguías á lo lejos,
entre tu corte de ilusión;
si te decían madrigales,
yo no lo sé, mas sé que el son
embrujado del aire trajo
tu risa como una canción
de maravilla y de misterio.

¡Cómo te ries! Por el don
de agua de mayo de tu risa,
son para mí de bendición
todas las horas que llevamos
viviendo á medias. ¡Corazón,
hagamos versos á la boca
que así desgrana la emoción
de su alegría en nuestra noche!
Claro está que los ojos son
la ley suprema de la vida,
símbolo, cifra y expresión
de todo en todo; mas de noche
bien puedo hacerme la ilusión
de que tu risa está en tus ojos
—pues no los veo, y ellos son
tan rematadamente brujos—.
De esta divina confusión
de ojos y risa y noche, surge
—¿para tí no?—la evocación
de aquellas otras de verbena,
noches de agosto y de pasión,
cuando, aún en potro de esperanzas,
disciplinado el corazón,

todos los besos que me has dado
eran promesa y tentación.
¡Cómo lloraba el organillo
en la pena de su canción
desafinada!.. Vuelve el aire
á sonar á tu risa. Con
la maravilla de tu gozo
se sutiliza la visión,
y, encendiéndose bajo el plátano,
el farolillo de color
de sentimiento, y polka, y besos
ilumina la evocación...

LA CASA EMBRUJADA

I

PIENSO, al mirar el gris de estas paredes
en las que escribe el sol su clara rima;
el gris, que es ahora fondo y reposorio
de tanta cristalina
locura nuestra; el gris que, por unánime,
en su misma quietud tiene escondida
esa profundidad inquietadora
de las aguas tranquilas;
pienso al mirar el gris de estas paredes
que hoy mi soñar y tu reir cobijan,
pienso... que el mundo es grande,

la inquietud infinita;
que tu corazón sabe como el mío
oir el llamamiento que convida
á la eterna mudanza de lugares
en que se afirma la unidad divina
del hogar interior; que el alma es nómada,
y es camino la vida;
que no hay derecho á embarrancar la barca
en la melancolía
de un solo puerto, ni á quebrar el báculo
de la maravillada peregrina
que va camino de su Tierra Santa;
que en el fondo de cada lejanía
hay un misterio, y nos está llamando
interminablemente; que algún día
oiremos su voz... y que esta casa
se quedará vacía.

II

Será acaso una dulce
mañana, un dulce mes de primavera;
acaso abril, con el emocionante
florecimiento de sus violetas.
Estará el cielo azul sin una nube;
por todo el aire, la sonrisa buena
del sol, irá sembrando
un oro de promesa.
En la casa, sin flores ya y sin muebles,
tu irás de puerta en puerta,
de rincón en rincón, dejando adioses
para el recuerdo de las horas buenas,
y dirás con la voz emocionada:
«Aquí floreció un beso; aquí un poema;
aquí leímos una carta amiga;

aquí otro amigo nos contó sus penas.
Paredes grises, perdonad si el alma
llorar no puede, aunque por siempre os deja;
no llora, pero os ama y os bendice
porque fuisteis la tienda
plantada en el oasis, la barraca
de las ensoñaciones, la carreta
de la auroral farándula, el navío,
la parra, el huerto, el cascabel, la eterna
turris æburnea, florecida en sangre
por las rosas de nuestra primavera.
Adiós, amiga de los días buenos;
pues vivió en ti el amor, guarda su huella
para contarle como un cuento de hadas
á todos los que vengan
—¡oh, casa de los sueños, casa mía!—
á llamar á tu puerta.»

III

¿Quién vivirá en la casa que fué nuestra?
Acaso una familia
burguesa: un padre grave,
una madre dolida
por muchos años de vivir sin sueños,
dos ó tres muchachitas
de las que rezan, bordan, se componen,
se asoman al balcón, pasan la vida
aguardando á ese novio que no llega,
con el alma dormida
entre el tedio y la frívola esperanza
de un moño ó de una cinta.
¡Qué largos y con qué color de tierra
deben pasar los días

sobre los corazones no embrujados
por la fragante sinrazón divina,
por la música del claro de luna,
por el fuego del sol á mediodía,
por el perfume de las flores nuevas,
por la inquietud sonora de la rima!...
¡Ay, corazones malaventurados!
¡Ay, almas sin espina
de soñado imposible! ¡Ay, aguas muertas,
vidas sin flor de pena ni alegría!
¿Habrá hecho el tedio nido en nuestra casa
donde aún sonará el eco de tu risa?
¿No habrá ilusiones donde tantos versos
nos despertaron á ilusión un día?
¿Amanecerá, y no habrá un alma-pájaro
que bendiga la vida?
¿Se pondrá el sol, y no habrá un alma-fuente
que llore en cristalina perlería
el doliente misterio de la tarde?
No, por cierto: prendida
en las paredes grises
dejó nuestra locura su semilla,
y ella ha de florecer. ¿Cuándo?

Una noche
de invierno, alrededor de la camilla,
bosteza el padre, duélese la madre,
hacen *crochet* las niñas.
Todos callan; de pronto
surge el cascabeleo de una risa.
La hermanita menor se ha vuelto loca,
y se ríe, se ríe; la encendida
flor de los labios es un desbordante
manantial de alegría,
y se ríe, se ríe sin motivo,
como tú tantas veces te reías
en aquel mismo sitio, á aquella hora...
«porque es buena la vida.»

...Es octubre, y el sol se está poniendo:
la madre y las chiquillas,
dejando al padre solo,
salieron á visitas.
El está en el balcón, y mira al cielo
por mirar algo; la melancolía
crepuscular no suele conmoverle...

¡mas hoy es la agonía
del sol tan hondamente atormentada...!
Sin saber cómo, el buen señor medita:
«Puesta de sol... octubre... otoño... muerte...
vejez que llega... otoño de la vida...
muerte también...» Y siente un desconsuelo,
una vaga tristeza, una infinita
inquietud, como la de un caminante
que notase perdida
la buena senda al fin de la jornada...
«Pues señor — dice — es cosa peregrina
que me vengan á mí estos pensamientos...
¡Valiente tontería!»
Y quiere desecharlos, mas no puede,
que en el balcón tendida
la red quedó insidiosa que tejieron
nuestras filosofías...

... Es una sofocante
tarde en agosto; medio adormecida
por el mucho calor, la madre cose.
La persiana corrida

da á la estancia una cálida penumbra
como de parra bajo el sol. — Un día,
bajo esta luz, nos dimos muchos besos,
¿te acuerdas tú? — La señora suspira,
y no sabe por qué; mas el suspiro,
sin duda brujo, evoca de una antigua
emoción la memoria. Sí, en los tiempos
de la Nana-Nanita
ella soñó un amor con un buen mozo,
militar, por más señas... «¡Madre mía!
¡qué cosas va una á recordar ahora!...
y á mis años... ¡Jesús, qué tontería!»
Pero el suspiro vuelve, y el fantasma
persiste, y la bendita
señora pónese á cantar muy quedo,
como en los años de su edad florida,
la doliente canción de Atala y Chactas...
— Nuestro amor fué quien acordó la lira.

LAS CIUDADES ROMÁNTICAS

BRUJAS

A LAURA ALBÉNIZ

Por qué el cuento de cuentos de la princesa bella,
dormida al sortilegio de un hada rencorosa,
no habría de trocarse de azucena en estrella?
¿Y por qué el secular sueño de Blanca-Rosa,

saliendo del eterno bosque primaveral,
hecho de sueño ensueño, no habría de tejerse
sobre tierras de Flandes, á orilla de un canal?
¿Por qué el mirar sonámbulo no habría de mecerse,

hermano de los cisnes, sobre las aguas quietas
del «Lago del amor»? ¿Es más dulce un jardín
que un lago? No, sin duda: la luna y los poetas
sueñan sobre una ola como sobre un jazmín.

Y fuente por pradera, césped por agua, es cierto
que no son sino páginas de un eterno glosario
donde escribiendo va el corazón abierto,
á punta de diamante, su verso temerario.

Yo, temerariamente, soñé el cuento, trocando
la princesa en ciudad, y la quise encantada
viendo pasar la vida sobre el agua, y soñando
en la dulce quimera de amar y ser amada.

Y así, Brujas, te di un alma femenina,
y pude imaginar para ti un corazón
y una inquietud de espíritu oculta en la argentina
paz que, midiendo el tiempo, canta en tu carillón.

Y dije: Esta ciudad romántica es mi hermana,
y sus canales son las sendas de mi sueño,
y sus cisnes, mis horas, y su paz la cristiana
resignación del alma al dolor; y el beleño

de las ensoñaciones está en sus hornacinas,
asilo de las santas imágenes, donde arde
el óleo de la ofrenda, y las bocas divinas
florecen en carmín por el sol de la tarde.

Ciudad callada y mística, flor de ensueño y de bruma
y de plata y de sauces, vaso de devoción
insigne, hoy te recuerdo frente al agua y la espuma
de un mar bañado en oro de sol, y el corazón

se va en busca de sueños á la melancolía
de tus canales, presos en la tela de araña
del silencio, y engarza en la monotonía
de tu gris, el rubí de una rosa de España.

COLONIA

A OLGA LICHTENSTEIN

Las nevadas de marzo hicieron tregua un día,
y nuestra ilusionada barca que se perdía

soñando, entre las brumas de la tierra germana,
detúvose á la orilla del Rhin una mañana.

Y acertó á ser domingo. Y en el cielo pascual
había una sonora locura de cristal:

la voz de las campanas que llamaban á misa,
piadoso comentario á la vernal sonrisa

del sol y á la cerúlea serenidad del río.
Colonia está de fiesta. ¡Canta, corazón mío!

Colonia está de fiesta, y el Rhin está de oro.
Diríase, en el aire donde resuena el coro

de bronces eclesiásticos, la evocación lejana
de una devota urbe en tierra castellana.

—Avila la romántica, ó Toledo, ó León,
donde los fieles van á misa y al sermón.—

Y el alma viajera, paloma se levanta
en un vuelo que es música y que es incienso, y canta

con ritmo de secuencia un cántico pagano:
—amor sobre el pentágrama del canto gregoriano.—

Se alza la catedral limpia como un soneto.
¡Oh, bienaventurado quien encontró el secreto

de tejer nervio á nervio el encaje ojival,
y el que engastó en la piedra la rosa de cristal,

para gloria del alma que en la policromía
del ventanal, sus preces á la Virgen María

puede vestir de azul cual cumple á la pureza,
ó de rojo al amor, ó de oro de belleza!

Y bienaventurados la estrella y el camino
que hasta ti me trajeron poeta-peregrino,

y el ¡Credo! que, sonoro como agua de torrente,
rebotando en las bóvedas, me hizo inclinar la frente

al pasar tus umbrales ¡oh, catedral gloriosa,
que estás en mi recuerdo como mística rosa!

Y bendito el azul del romántico Rhin,
y la barca sobre él, y el encanto sin fin

del perfume de aquella violeta primera
que nos dijo: «Acordaos de que ahora es primavera

en España...» ¡Oh, Colonia, ciudad sentimental,
que fuiste en mi camino jardín primaveral,

cuento de hadas, oasis de un dulce itinerario!
Tu recuerdo es en mí, hoja de antifonario

donde un «¡Gaudeamus autem in Domino..!» está escrito
con letra de oro, símbolo de paz en lo infinito.

TOLEDO

A LOUISE GRIMM

POR un río se puede bendecir la existencia,
como puede una noche embrujar toda un alma,
y musicalizar con su amable cadencia
toda una vida un nombre, y por la refulgencia
de un único mirar, puede trocarse en palma

de paz la espada pronta á las inmolaciones.
Por un río se puede dar la vida, y si acierta
á caer desde el puente sueño de corazones
sobre el agua florida de luna y de canciones,
el río es como nave á la ilusión abierta.

Y navío de ensueño es la ciudad plantada
—como una diadema sobre una bella frente—
á la orilla de un río, y es bienaventurada
porque sabe el secreto que el agua desolada
va llorando al pasar por los ojos del puente.

¿Llorando? Sí; llorando. Acaso las canciones
que el alma ilusionada cree oir en la tierra,
y en el mar, y en el aire, son las palpitaciones
de un eterno dolor: trenos, lamentaciones
del alma universal consigo misma en guerra.

¿Está triste Toledo ó está triste el poeta?
¡Qué más da! Un dolor solo basta á llenar un mundo,
porque el corazón lírico, en su alquimia secreta,
da con un ¡ay de mí! barro para un planeta
y hace mar, de una lágrima, el cráter más profundo.

¿Está triste el poeta ó está triste Toledo?
¡Qué más da! De la vega sube un aire bucólico,
el agua va despacio, la noche canta quedo,
pero en su canto hay brujas, y el alma tiene miedo
á un no sé qué, á la luna, al canto melancólico

de un ruiseñor que venga á recordarle un nombre,
al caótico horror del espacio infinito
y el tiempo que no acaba, al dolor de ser hombre,
á que una desdentada voz de bruja le nombre
y le designe para ofrenda de su rito.

¡Ay, Toledo, perdona que no cante á tus reyes,
ni á tus princesas, ni tu corona imperial!
La noche tañe su salterio de cristal:
músico, el verso mío se doblega á sus leyes,
y lanza sobre el Tajo su barca de ideal.

Y sueña con sus propios sueños, abandonando
á otras liras la gloria de las evocaciones.
¿Qué le importan al alma doctas suscitaciones
cuando tiene su propio jardín y va trenzando
con lana de sus propias ovejas sus canciones?

¿Qué le importan, si al cabo todo es uno y lo mismo?
—Cuando vivió Lombay, Petrarca era leyenda.—
Uno es el padecer y uno es el cataclismo;
las mismas sombras danzan sobre idéntico abismo,
y los mismos romeros van por la misma senda.

Laura, Isabel, Florinda, ¿fué acaso vuestro amor
más sabroso tormento de aquellos amadores
que lo es al corazón del poeta la flor
de los labios de ella? No hay en amor sabor
nuevo, ni hay sangre nueva para nuevos dolores.

No hay llanto no llorado ni gozo no sentido.
!Sombras, ceded el paso al hoy y á su fortuna,
y dejad que el poeta, cual vosotras dolido
del dulce mal, del mismo acero mal herido,
cante su propia pena á la luz de esta luna!

AVILA

A PAULINE GARNIER

Avila es el castillo cuajado en un diamante
que soñó para el símbolo del alma justa, aquella,
por el amor de Jesucristo, dama andante,
en el amar doctora y en el decir estrella.

Teresa de Jesús sin duda está mirando
á través del cristal de este cielo tranquilo
á su ciudad bendita, acaso recordando,
ya bienaventurada, el retorcer del hilo

de aquella rueca humilde, que alternó entre sus manos
con la pluma de las doctas definiciones;
y tal vez á los serafines, sus hermanos,
les dice:—Ved el huerto de mis contemplaciones

donde está el hortelano suspirando por agua,
donde la noria da su vuelta generosa,
donde el hierro del firme querer halla la fragua
que ha de forjar á golpe de pasión la orgullosa

tenacidad, trocándola en blandura invencible.
—Acero es el querer por la gracia templado,
y en la fragua de Cristo no hay forjado imposible,
ni hay hierro que resista al golpe del Amado.

Y dirán los alados espíritus:—Teresa,
¿de dónde viene ese son dulce y pastoril
oculto entre los rezos de tus monjitas?— Esa
—dirá la Santa—es la voz de mi tamboril;

porque habéis de saber, hermanos serafines,
que, por amor al buen Pastor, me hice pastora;
y el ¡Hosanna! que cantan vuestros claros violines
le cantó el tamboril de esta humilde doctora.

¡Le cantó el tamboril! Y Jesús sonreía
agradeciendo las florecillas pueriles
en que el más sabio amor cuajaba la alegría
inmortal de las ingenuidades femeniles.

Ríen los serafines, y en el aire un concepto
de amor de Dios perfila su arabesco sonoro;
para endulzar la austera rigidez del precepto
hay mieles en los labios que rezan en el coro.

Y el alma de Teresa de Jesús se complace
en el runrunear santo de sus abejas,
y á cada nuevo salmo un rojo clavel nace
en las bocas que guardan las cruces de las rejas.

Porque los corazones de mujer cuando aman
florecen en claveles inevitablemente;
quiero decir que ríen y que en su gozo llaman
á todo el sol para corona de la frente.

Y así de las espinas hacen rayos, trocando
la herida en flor y la sangre en carmín fragante,
y así gozosamente sus llantos derramando,
cada lágrima es como un claro diamante.

Y así el cielo de Avila ríe perennemente
por la gloria de aquel grande amor femenino
que venció la flaqueza de la carne doliente
con la llaga sabrosa del venablo divino.

SALAMANCA

Á MARÍA GUERRERO

De ajenas perfecciones envidioso y rendido,
desde patrias del norte, Salamanca, he venido

á acogerme al amparo de tu quietud austera,
y eres para mi alma como una primavera.

Hueles á incienso y suenas á gaita y tamboril;
de la sabiduría eres huerto y pensil.

Dormidas en la entraña de tu desabrimiento,
hay voces que responden dentro del pensamiento,

con suavidad de miel y de pan castellano,
á todo lo que existe de profundo y de humano

en la seca, abrasada, atormentada arcilla,
que es barro de mi carne, porque nací en Castilla.

Cierto que entre las frondas se duerme la inquietud,
que son monte y pradera equilibrio y salud...

pero sin inquietud, ¿de qué vale la vida?
¿y qué hemos de lograr con el alma dormida?

¡No, no... despierte el alma y cumpla su destino;
fatíguese pisando el polvo del camino;

tenga sed, sufra de hambre, trabaje, caiga, ansíe;
abrasada de sol, hacia el sol desvaríe;

saque de su aridez de tierra castellana
la fragancia inmortal, la gracia sobrehumana;

diga: «Yo soy mi tierra y doy del polvo, trigo:
con mi sudor lo riego, y Dios está conmigo.»

Ciudad loca de sol, de ciencia y de heroísmo,
bajo tu guarda dejo lo mejor de mí mismo;

custodia mi inquietud, sazona mi locura,
tú que sabes hacer de sinrazón cordura.

Salamanca: por la lección que me dictaste,
por la severidad con que me adoctrinaste,

por tu pan y tu piedra de corteza dorada,
te doy el corazón, y aún creo darte nada.

PAISAJES ESPIRITUALES

LAS BENDICIONES

Bendita *la luz del día*
y el Señor que nos la envía.

Bendita la noche santa
y el ruiseñor que la canta.

Bendita sea la luna
y el amador sin fortuna.

Bendita sea la estrella
y el que suspira por ella.

Y el lucero de diamante
que acompaña al navegante.

Bendito sea el jazmín,
incensario del jardín.

Bendito el ritmo doliente
de la canción de la fuente.

Bendito el clarín cantor
del gallo madrugador.

Bendito el cuco agorero
y el balido del cordero.

Y el vellón que se ha quedado
en la zarza del cercado.

Bendita la golondrina
que á Cristo arrancó una espina.

Bendita la primavera
y el arroyo en la pradera.

Bendita la fruta verde
y la boca que la muerde.

Bendita sea la rosa
novia de la mariposa.

Bendita la mejorana
y el clavel de la ventana.

Bendito el sol estival
que dora á fuego el trigal.

Benditas sean la espiga,
la espigandera y la hormiga.

Bendito el titiritero
que viene por el sendero.

Bendita sobre el camino
la sombra del peregrino.

Bendita la romería
para la Virgen María.

Bendito sea el lamento
de los pinos en el viento.

Y bendito el sollozar
del viento sobre la mar.

Y el ritmo augusto que tienen
las olas que van y vienen.

Y la gracia de la espuma
y el misterio de la bruma.

Y la barca ilusionada
que sale en la madrugada.

Bendita esa risa tuya
que está cantando: ¡Aleluya!

Y bendita la ilusión
—no sé si rosa ó estrella—
gloria de mi corazón
porque tú vives en ella.

EN PAGO DE LAS ROSAS Y LAS RISAS

PENSANDO en esos versos
que no se escriben nunca,
al corazón le vienen
extraños arrebatos de ternura:
y es que son ellos lo mejor del alma.
¡Voz santa que la lengua dejas muda,
porque suenas tan hondo,
porque surtes tan pura,
porque vas, agua clara, entre las peñas
del querer firme y la verdad desnuda!
¡Voz santa, bien querría
trenzar mi arte menor á tu frescura
y rimar en palabras bien sonantes

tu gracia de alma justa!
Mas no puedo, que está mi vida presa
en lazos de ventura:
alguien me ama, mi huerto tiene flores,
la luz del sol inunda
de mentiras doradas los trigales,
hasta las amapolas me saludan
cuando voy por la linde, destrenzando
mis locuras y mis literaturas,
y el horóscopo de las margaritas
gitanamente duda,
mas al cabo, responde:
«sí», á mi buena ventura.
Por todo esto mis versos, si suspiran
al temblar de la luna,
ponen en el suspiro una esperanza
y no pueden hablar de la profunda
desolación, ni de la pena negra,
ni del trágico cuervo de la duda;
y van humildemente
cantando la dulzura
del vivir á la sombra de la parra
plantada en el umbral. ¡Voz de la suma

verdad, voz de los fuertes,
voz de la senda ruda
y el áspero camino,
perdona á mi locura
su inacabable canto hacia las rosas!
Contrita el alma, busca
una fuente de lágrimas
que ofrecer por rescate á la dulzura
de su vivir, y llora por los versos
que no ha de rimar nunca.

SONETOS PARA EL SOL

I

PORQUE he nacido en tierra de Castilla,
donde tú eres el único ornamento,
llevo embrujado todo el pensamiento
por tu filtro de luz, y la semilla

de una locura ilusionada brilla
eternamente en mi cantar. Sediento
me tienes, sol, de sol, y á fuego lento
mi alma se dora en ti como la arcilla

de esta parda llanura castellana,
de esta llanura austera y franciscana,
de esta llanura, que es como una boca

muerta de besos, y por besos loca.
Mi alma se dora en ti, vibra en el oro
de tu triunfo como un yunque sonoro.

II

¡Yunque y martillo, sol y alma embrujada,
y entre martillo y yunque, hierro que arde!
Ardiera así la inspiración cobarde
para incensario de la muy amada

locura, y en rapsodia apasionada
hiciera ¡oh, sol! grandilocuente alarde
mi rima para el fuego que en la tarde,
para el oro y carmín que en la alborada

ponen tus lumbres en los horizontes,
—impostura piadosa en los tapiales
pardos de los poblados castellanos—

sobre las cresterías de los montes,
sobre la aridez de los peñascales,
sobre el tedio infinito de los llanos...

III

Sobre el tedio infinito de los llanos
el poeta camina lentamente,
y en la agonía de la tarde siente
que tedio y alma son buenos hermanos.

Uno y otra suspiran por lejanos
verdores, por canciones de una fuente,
por la serena suavidad doliente
de los mimosos valles asturianos.

Y no hay fragancia ni florece un prado,
mas el sol vierte sangre por la herida
de la puesta, y el alma se embriaga

—¡oh, don de luz que así has maravillado
mis ojos sobre el huerto de mi vida!—
en la sangre, que es fuego, de tu llaga.

TRISTEZA MÍA LUMINOSA Y CÁLIDA

Tristeza mía luminosa y cálida,
tristeza mía bajo el sol de mayo,
hagamos versos, puesto que has venido,
á la dulzura del llorar callando!

Pues que nadie nos mira ni nos oye,
bien podemos llorar, extraña amiga,
tristeza mía luminosa y cálida,
dulce visitadora que este día

de fin de mayo, tibio y oloroso,
has venido é llamar á mis balcones,
y has puesto la inquietud de tu veneno
en el olor á gloria de mis flores.

Tristeza mía luminosa y cálida,
¿quién te ha llamado? ¿Acaso el corazón,
á fuerza de reir sobre sus rosas,
entre las rosas encontró tu flor?

Tu flor que huele á adelfa, y es amarga
más que la mirra para el alma, y hiere
con tan dulce puñal, que el alma, al goce
de recibir la herida, desfallece.

Y las lágrimas manan de los ojos
como brotó aquel agua de la peña,
santamente, trocando el mediodía
del reir en la paz de una serena

desilusión. Las alas se han quebrado
al despertar de algún amado sueño,
—¡cómo duelen las alas al quebrarse!—
y estamos tristes, pero somos buenos,

mucho más que en la gloria de la risa,
porque el dolor dilata las entrañas,
y hoy cabe todo el mundo en este pecho
que, por reir, del mundo se olvidaba,

y del dolor ajeno, y de la suerte
negra, y de la amargura del dudar,
y del alma á quien nadie llama «mía»,
y del cuerpo sin besos y sin pan!

Hoy, porque tú has venido á visitarme,
me acuerdo de que hay mundo y de que hay lágrimas.
¡Bendita seas bajo el sol de mayo,
tristeza mía luminosa y cálida!

A LA INQUIETUD

EXTRAÑA novia, que nos tienes presos
en el aletear de tu mirada,
amante de ojos tristes y de besos
fríos como el espanto de la nada.
Inquietud, reina loca y muy amada,
  lucero rojo de las noches brujas,

centella de insensatas soñaciones,
piedra que caes y rompes en burbujas
el agua negra de los corazones,
donde la luna pone irisaciones

desmayándose en lágrimas de plata.
—¡De poco sirven lágrimas de luna!—
La fiebre de tu boca, aunque nos mata,
¡oh, sabrosa inquietud! es como una
canción de madre y un vaivén de cuna.

La vida es una noche de verano
en un jardín, y el alma es una rosa.
El sollozar de un violín lejano,
que es como el vuelo de una mariposa,
viene á turbar la paz maravillosa.

Y vuelo y llanto músico son una
misma y única voz: tu voz, Amada;
tu voz, gloria, puñal, ansia y fortuna
de nuestro pecho, la desatinada
locura por tu risa desatada;

por tu risa, Inquietud, que suena á llanto;
por tu caricia, que es como una herida;
por tu canción, que es todo el desencanto;
por tu beso, que mata y que da vida,
sierpe en la rosa del jardín dormida.

La rosa tiembla y el jardín palpita
oyéndote reir, ¡oh, novia loca!
La rosa tiembla, y yo digo: ¡Bendita
tu risa y la locura de tu boca!
Toda alabanza me parece poca

para la sobrehumana maravilla
que es vivir á compás de tus canciones
y llevar en el pecho la semilla
de tus inesperadas floraciones,
que hacen poetas á los corazones.

NOCHE SIN FE Y SIN LUNA

Mayo ha muerto llorando, y ha nacido
junio con calentura
de sol. Ya está en las sendas
la flor de acacia, y hay una profunda
palpitación cordial en el secreto
de la quietud nocturna.
Diríase que aquel lucero blanco
tiene una pena oculta...
¿por qué no? los luceros
puede que también sufran
males de corazón, y que no quieran
llorarlos en la muda
y negra indiferencia de la noche.

Claro está que no hay nunca
secreto bien guardado
—y más si es de amargura—
donde hay ojos ó luces
que llorando ó temblando nos descubran
lo que pretenden almas y luceros
tener tan escondido. La penumbra
de estas noches, si acoge confidencias,
no las guarda, y pregona la locura
de quien se las contó, á los cuatro vientos.
...En mayo abrieron rosas y ternuras:
sobre ellas y por ellas, escondiéronse
á la luz de la luna
suspiros y hasta lágrimas
—rocíos de suavísima amargura.—
Junio las rosas trueca en azucenas,
y en su fragancia hay una
intensidad que cambia el sentimiento
en exaltada, apasionada, pura
reverencia, y nos faltan las palabras
para mostrar desnuda
el alma al alma á quien así adoramos.
¡Ay, quién nos diera la buenaventura

de la lanzada que, rompiendo el pecho,
descubre el corazón! La sangre inunda
—verdad que en rojo floreció—al amado,
ahogando toda duda
en su calor cordial. Calla la boca,
pero va envuelto en púrpura
el silencio, y es rey, y es elocuente
y omnipotente, y triunfa!
¡Noche de junio, noche de silencio,
noche sin fe y sin luna,
noche agorera, noche atormentada,
noche inquietante y bruja,
duérmeme el corazón, si tanto puedes,
ó dale voz de sangre á su locura!

PARA LA GIOCONDA

Burlándose sin duda de mi perplejidad,
la Gioconda me mira con sus ojos malignos.
¡Ojos claros, sonrisa cruel, sédme benignos,
que á gran belleza cumple inmensa caridad!

Es preciso pasar con menos majestad
junto á nosotros, aunque seamos tan indignos
de levantar los ojos hasta los vuestros, signos
de todo enigma y cumbres de la serenidad.

Por serenidad vamos clamando los poetas,
pero nuestro destino, regido por la luna,
nos dió por patrimonio la divina inquietud,

y llantos son del alma las vendimias secretas.
No te burles, mirando nuestra mala fortuna,
tú, hermana de la esfinge y trono de quietud.

MISERICORDIOSAMENTE

ELLA

Por un dolor que no es mío
tengo herido el corazón;
paréceme que hay rocío
de lágrimas en el son

del viento que en los pinares
tañe su lira, y que el agua
dice el dolor de los mares
á la arena, y que en la fragua

gime el yunque por el hierro
que sobre él está en tortura,
y que tocan á destierro
las campanas... En la pura

serenidad de un sufrir
la luna se va muriendo...
¿Tengo derecho á reir
cuando hay quien está sufriendo?

EL POETA

—Tendrás estos versos míos
para gloria de tu amor;
serán sus ritmos rocíos
entre tus labios de flor.

Dirán las gentes: Por ella
este poeta cantó;
para sus ojos de estrella
hilos de oro enmarañó:

y las palabras mejores
—las que dicen beso y risa—
abrieron todas sus flores
bajo el sol de su sonrisa.

Y hubo un rayo de carmín
para la melancolía
del poeta y del jardín,
porque ella amaba y reía.

Y hasta la luna, que suele
platear la vida en llanto,
harina de gozo muele
porque ella se ríe tanto.

Y la fuente se ha olvidado
de llorar, porque ella ríe;
y en el jardín embrujado
el son del agua deslíe

coplas de gozoso amor,
que la canturia doliente
—leyenda del surtidor—
se ha hecho lira de un presente

ilusionado, y está
contándole á los luceros
cómo viene y cómo va
un amor por los senderos;

un amor que muerde rosas
para ponerse más rojos
los labios. ¡Oh, dulces prosas,
por la lumbre de tus ojos

perfumadas de misterio,
y acordadas para el son
litúrgico del salterio
que canta en tu corazón,

y saladas con la sal
de amable filosofía
con que vas sanando el mal
de nuestra melancolía!

Por ellas quiero fijar
sobre el marfil de tu frente
la serenidad lunar
del minuto sonriente,

del segundo sin problema,
de la hora sin añoranza,
de la luz de Sirio, emblema
de la bienaventuranza.

¡Siempre feliz! A toda hora
un clavel en esos labios.
No oigas al viento que llora,
deja decir á los sabios;

no te quedes en la playa
mirando nacer la luna;
deja que á su paso vaya
la rueda de la fortuna;

y no te quieras parar
á preguntarle tu suerte,
calla y déjala pasar,
no te vaya á oir la muerte!

Y si la dicha te pesa
frente á los que ves penando
piensa que tal vez con esa
risa los vas consolando.

Porque siempre caridades
de rosas son bienvenidas,
y las santas hermandades
por las almas afligidas

florecimientos gozosos
dieron sobre los dolores.
Por amor á los leprosos
convirtióse el pan en flores.

Y Casilda sonreía,
y sonreía Isabel;
y la flor de su alegría
era lino y era miel

sobre la llaga y la pena,
y bálsamo á los llagados.
Ríe tú; la risa es buena
para los desconsolados.

ANSIEDAD BAJO EL SOL DE JUNIO

¡QUÉ sed tenía el jardín
aquella tarde abrasada!
¡Cómo se abría la tierra
pidiendo una gota de agua!

¡Cómo, borracho de sol,
el jazmín se desmayaba
sobre los hierros en cruz
de la reja, y en la parra

cómo palpitaba el aire
hecho oro sobre las pámpanas!
¡Qué sed tenía el jardín,
qué desasosiego el alma!

Parra de mi corazón,
¿dónde habrá una gota de agua?
¿dónde estará el buen camino?
¿dónde arderá la luz clara

que nos haga distinguir
la verdad de las palabras
y el deber del desear?
Tierra de sed agrietada,

aún más sedienta que tú
está de verdad mi alma!
Compadeceos de mí
árboles, flores y pámpanas;

lluvia de oro os miente el sol,
y su mentira os abrasa.
Algo hay que miente también
al espíritu, y le mata

porque no le deja oir
la voz que verdades habla.
Jazmín que mueres en cruz,
¿dónde habrá una gota de agua?

HABLEMOS DEL VIENTO

Como suena el viento!
Hablemos del viento.
Digamos que el viento es un alma loca,
ó el desatinado gemir de una boca
de gigante enfermo.
Sopla sobre el yermo
de nuestra Castilla, hoy, treinta de junio,
y aullará esta noche bajo el plenilunio.
¡Oh, can agorero,
deja mi sendero!
¿No sabes que junio es mes de azucenas,
y que la fragancia de sus almas buenas
encanta, depura

y trae á dulzura
aullidos de canes y lobos feroces?
En la noche cálida de junio no hay voces
de brujas, ni espantos, ni cuentos de miedo.
Huele á madreselvas, reza el amor quedo,
suspira callando el que tiene pena;
óyele la luna, y como es tan buena,
le dice bajito:—No llores, hermano.—
Por el soberano
influjo de las azucenas de junio,
por la lumbre santa de su plenilunio,
¡conjúrote, oh viento!
¡conjuro tu voz de león hambriento!
¡No turbes la noche, aullido agorero!
¡Harto habrás de aullar á la luna de enero...!

Amada, aneguemos en paz el lamento
del viento.

VAYAMOS POR LA VIDA DESPACIO

VAYAMOS por la vida
despacio, que las horas
que marcan la medida
del vivir, son traidoras;

son traidoras é intentan
deslumbrarnos con una
visión dorada, y cuentan
leyendas de fortuna.

Y hablan de continentes
con oro, y de la gloria
para los combatientes
que alcanzan la victoria.

Y dicen: ¡El tesoro
bien vale sangre y lucha!
El pregón es sonoro,
mas ¡ay, de quien le escucha!

Que si la gloria viene
es ya al atardecer,
cuando el alma no tiene
fuerza para querer,

y ya el hombre no puede
gozar de la dulzura
del laurel, porque hiede
su carne á sepultura.

Mientras él se afanaba,
la vida fué corriendo;
el arroyo pasaba
por su huerta, riendo.

El amor le llamó,
más él no respondía.
Cuando á casa volvió,
ya declinaba el día...

Vayamos por la vida
despacio, prolongando
la hora quieta y dormida
que la suerte va hilando

para nosotros. Queda
sea nuestra canción.
La vuelta de la rueda
lleve nuestra emoción

lentamente; y los labios
gusten toda la miel
con saboreos sabios.
Dejemos el laurel

á los conquistadores.
La dicha está en lo cierto,
y las mieles mejores
en el panal del huerto...

LA TARDE ENFERMA

La tarde enferma de calor, se tiende
sobre el austero campo de Castilla,
para morir en paz; el aire abrasa;
jadean en los surcos las espigas;
la tierra abre mil bocas de sedienta;
el cielo, en su implacable azul, la mira
sufrir, y no se duele
de la muda agonía...
Sobre la tarde enferma
ha puesto el alma una contemplativa
compasión hacia todo lo que sufre
como la tierra, hacia lo que agoniza
como la tarde cara al sol de junio,

y, á fuerza de pensar en las heridas
con que amor, sol y luna van poniendo
pechos en carne viva,
ha sentido pesar sobre sus hombros
buena parte del tedio de la vida,
y ha dicho: el hombre es como un viajero
que va en tren, por el yermo de Castilla,
bajo el sol, sudoroso, fatigado,
dejándose arrastrar, pero sin prisa,
porque sabe que al fin de la jornada
le está esperando la melancolía.

PARA LA SOLEDAD Y PARA LA LUNA

PARA la soledad quiero una rima
saturada de olor á hierbabuena,
y á tomillo y á sándalo y á lima
y á cedro y á magnolia y á verbena.

Para la soledad, en que hechizada
la fantasía, va ensartando estrellas,
copos de nieve, granos de granada,
ecos de risa y de palabras bellas,

--la soledad, en que, como una araña,
teje el alma sus telas más sutiles
de rosa á rosa, bajo el sol de España,
en la serenidad de los pensiles—,

para la soledad, quiero unas prosas
que hablen de ti, puesto que tú la llenas
con el carmín fragante de tus rosas
y con la nieve de tus azucenas.

Para cantar la soledad, quisiera
la palpitación honda de los mares,
cuando sobre ellos pasa la quimera
contándole á las olas los pesares

de la luna, que acaso está perdida
aquella noche sobre un prado, y sueña
con despertar á algún alma dormida,
y embrujarla, y rendirla, y ser su dueña.

Porque la luna es insaciable y loca,
y está sedienta de almas y de amor,
y va robando un beso á cada boca,
y sorbiendo un perfume á cada flor,

y es imperiosa, y pide corazones
de novios, y locura de poetas,
y rimas tristes, y genuflexiones,
y suspiros, y lágrimas secretas.

Soledad, luna, hermanas exquisitas;
soledad, huerto; luna, florecer;
soledad, luna, cómplices benditas
de todo ensueño y todo padecer.

Soledad, palio de las almas tristes,
maestra de las almas radiantes,
tú, que en serenidad el gozo vistes,
y que los llantos cuajas en diamantes...

Luna, unción de piedad sobre las penas,
unción de paz sobre las risas locas,
cultivadora de palabras buenas
en el jardín de las amadas bocas...

¿Quién no ha cortado una palabra suave
una noche de luna en el jardín
de un corazón esquivo? ¿quién no sabe
la caricia y el encanto sin fin

con que en la soledad se saborea
el aroma de aquella voz, piadosa
porque quiso la luna, y se recrea
el pecho en la fragancia dolorosa

de aquel florecimiento, en que no acierta
á distinguir la rosa de la espina?
¡Soledad, nave-asilo siempre abierta!
¡Luna, en la nave, lámpara divina!

Para cantar agradecidamente
vuestro silencio y vuestra omnipotencia,
vengo á robarle rimas á esta fuente,
que es vuestra voz y sabe vuestra ciencia.

HOY SON FLORES AZULES...

El cariño te envuelve como nube
de incienso, y te perfuma para mí;
vas cortando las rosas de la vida
en las almas que ríen hacia ti,
y me las das, trocados sus carmines
en alegría, en paz, en gozo; así
de todos los que te aman soy á un tiempo
deudor, señor y jardinero. ¡Abrid,
rosas, en los jardines de la amada!
Y tú, la amada, que hoy en tu jardín
las vas cortando, agradecidamente,

mientras las cortas, ve diciendo así:
—¡Gracias, rosales; gracias, corazones,
los que habéis florecido para mí;
gracias en nombre del que bien me quiere
por vuestras rosas, que en amor le di.

SONETOS PARA LA EMOCIÓN

I

Por la emoción, la vida, sí, la vida;
porque la vida, ¿qué es sin la emoción?
¡Oh, tejedora, que en la trabazón
de lana gris, nos dejas escondida

la hebra de oro, y la canción dormida
despiertas en el laúd del corazón!
Aun cuando vibres por una ilusión
y nos engañes, seas bienvenida.

¡Bienvenida si á gozo nos despiertas;
bienvenida, si traes en las abiertas
manos rosas y lirios y claveles!

¡Bendita si bebiste en los verjeles
de la noche rocío de pesares
y nos haces llorar con tus cantares!

II

Porque el más triste llanto, si se llora
por ti, emoción, es grande privilegio,
y tuviera el poeta á sacrilegio
no loar el encanto de la hora

en que tú, emperatriz y mi señora,
desgranas en su honor el florilegio
de rimas tristes, y con el egregio
dardo hieres el pecho que te implora.

¡Bienvenida, emoción, si nos anegas
en tempestades de melancolía!
¡Tres veces santa la hora en que nos ciegas,

sea tu nombre pena ó alegría!
Si he de vivir, canta en mi corazón;
porque la vida, ¿qué es sin la emoción?

II

Si eternamente fuera mediodía
y eternamente el cielo azul riera,
—¡Oh bruma, oh noche, oh sombra, quién me diera
gozaros un instante!—exclamaría,

el alma, ansiosa de melancolía.
Que hasta el encanto de la primavera,
si á tiempo el mes de mayo no muriera,
su fragancia en suplicio trocaría.

Así la suerte más privilegiada,
sin la llama que inquieta y transfigura
fuera tormento para el corazón,

que pediría á voces la lanzada,
y la ventura de una desventura;
porque la vida, ¿qué es sin la emoción?

IV

Cuando vienes llamando á nuestra puerta,
nuncio de aquellos ojos que nos aman,
heraldo de los labios que nos llaman,
y nos dices quedito:—¡Alma, despierta,

que el amor piensa en ti!—Cuando en la yerta
monotonía gris de un tedio, claman
tus voces de inquietud; cuando se inflaman
rojas lumbres por ti en el alma muerta;

cuando vienes ¡oh reina, y muy amada!
á decirme:—¡Te digo que te quieren!—
¿qué te daría yo por galardón?

La vida es poco, la alegría nada,
—que vidas pasan y alegrías mueren.—
!Toma la sangre de mi corazón!

V

¡Toma la sangre de mi corazón,
y el latido que tú misma suscitas;
toma las floraciones inauditas,
toma la rosa, toma la canción,

toma la gracia, toma la oración,
el incienso y las palabras benditas,
los lirios del altar, las margaritas
de los campos, el pan, la bendición

del rocío, y la gracia mañanera
que siembran sobre el huerto sus diamantes,
toma la luna en el jardín dormida,

toma el mensaje de la primavera,
y estos versos que quiero palpitantes
por tu amor, que es el salmo de mi vida!

A LA IMPLACABLE LUZ DE UNA TARDE DE AGOSTO

...Las cosas de este mundo
son inciertas y vagas,
y yo no logro nunca
descubrir la verdad en las palabras
que me dicen las bocas
de estos no sé si seres ó fantasmas.
A días me resigno
con la apariencia, y vaga
mi fe por los jardines ilusorios,
y corta flores, y bendice, y ama,
y es misericordiosa porque cree,
y canta ilusionada,
y dice: «¡Hermanos, el vivir es bueno,

y la tierra es florida, y la fragancia
de estos jazmines es la lengua mística
en que el jardín su intenso gozo exalta!»
¡Ay de mí, que otros días
no puedo con la extraña
inquietud de pensar que están mintiéndome
las bocas que me hablan,
mintiéndome los ojos que me miran...
¿Cómo haremos, mi alma,
para saber si son verdad ó engaño
suspiros y palabras?
Porque así no podemos
vivir. No hay emoción, no hay esperanza
que resistan al cierzo envenenado
de un: «¡Si será verdad!» Luz, visión clara,
corazón infalible que interprete
el «sí» y el «no» que guardan
los otros corazones, el misterio
que las afirmaciones nos disfrazan,
el enigma que celan los suspiros
y que ocultan las lágrimas...
Y saber la verdad... ¡mejor si es triste!
¡mejor si es desolada!

¡Y saber que es mentira la mentira...!
¡Señor, yo tengo un alma
que bien puede vivir sin ilusiones,
tranquila y resignada
en la monotonía
de una amargura cierta, de una franca
desolación...! ¡pero vivir en esta
pesadilla de la desconfianza,
en este no saber...!

A la implacable
luz de agosto, tan quieta sobre el agua
tan azul de este mar, sobre esta espuma
tan inmutablemente nacarada,
voy pasando el rosario
de mis recuerdos y mis añoranzas.
Por aquel «¡ay de mí!» diera la vida;
pero ¡y si mintió quien le suspiraba!...

EL CORAZÓN SE CANSA

...El corazón se cansa de inquietarse
por lo que acaso nunca llegará,
y le duelen las alas sordamente
como duelen los ojos de velar.
—¡Oh, camino con sol, donde la sombra
tan deseada nunca pasará!—
El corazón se cansa de inquietarse
y hay que decirle:—¡No esperemos más!—
Remordimiento cáusanme las horas
que gastamos en desenmarañar
los ásperos vellones de esta niebla,
dudando entre un «¿será?» y un «¿no será?»:
remordimiento y lástima. Perdidas

horas, que bien pudimos emplear
en coger una risa ó una rosa,
en gustar nuestra miel y nuestro pan.
La vida se reía de nosotros
que, hora tras hora, hacíamos girar
nuestra devanadera lamentable.
¡Ay, corazón! quedémonos en paz,
descansemos. El corazón suspira
preguntando:—¿Y así hemos de matar
nuestra quimera?—No—le respondemos;—
tú duerme y calla... ella se morirá..!

VENDRÁ LA MUERTE

PUESTA de sol extraña y violenta,
—cobre y topacio.—
¡Hora cruel! La tierra cenicienta.
Sobre el palacio
tan blanco, la tenaz melancolía
del humo. Llora
el aire porque va á morir el día.
Esta es la hora
lenta y cruel, en que, sobre tu anhelo,
crucificado,
esperas, hombre, que se te abra el cielo
por que has clamado.

¡Hora cruel! Y el cielo no te atiende.
Mudo, bruñido
en gris-azul, su indiferencia tiende
sobre el dolido
palpitar de tu carne ó de tu ensueño,
—¿quién los separa?—
¡Ay, corazón! si el mundo es tan pequeño,
¿por qué la clara
llama que arde en tu hoguera no lo sabe
iluminar?
Dentro del pecho el universo cabe;
mas el dudar
sobre el huerto pequeño tiende nieblas,
y andan medrosas
las almas. Claro está que en las tinieblas
duermen las rosas;
mas teme el jardinero hallar dormida,
en el rosal,
la víbora: y por miedo de la herida,
pierde el panal.
—¿Qué haremos, alma? El cielo, en su implacable
silencio, encierra
tu destino, mas ello es indudable:

sobre la tierra
para tí sólo hay una rosa. ¿Dónde?
Osadamente
corta en la sombra, y si la sombra esconde
dardo ó serpiente,
no te importe: para curar la herida,
—y ésta es la suerte,—
de tu mala ventura condolida,
vendrá la muerte.

MAÑANA DE MARAVILLA

Bendito seas, diciembre,
el mes de la Nochebuena,
que á todos nos haces niños
al son de tu pandereta.

Vieja Navidad que vuelves
á visitar nuestra tierra,
encendiendo corazones
con el fulgor de tu estrella.

Pastores que estáis velando
rebaño que se os desvela,
porque oye la voz del Angel
que anuncia la buena nueva.

Luna llena de diciembre,
clara luna de conseja,
que en el portal de Belén
has entrado por las grietas,

y has plateado la paja,
y los clavos de la puerta,
y la barba de José,
y el manto de la Doncella.

Niño Dios que en el pesebre
ríes á todo el que llega
y repartes caridades
entre el gañán y la oveja.

Magos que vais á llegar
por caminos de leyenda
porque os han dicho los astros
que el reino de amor se acerca.

Mañana de maravilla,
cuando al despertar la tierra
le dice el llanto de un Niño:
«¡Se ha cumplido la promesa!»

Promesa que estás durmiendo
—y hasta el aire te desvela—
dentro de mi corazón
¿llegará tu Nochebuena?

¿Amanecerá tu día,
y, en la nieve de tu senda,
sobre el espino florido
verás la granada abierta?

Milagros pide el deseo,
¡ay de él si no los pidiera!
Pide el corazón prodigios
porque cree y porque espera.

Diciembre tiene la culpa,
diciembre y su Nochebuena,
que á todos nos hacen niños
al son de su pandereta!

EL ALMA TENÍA LOS OJOS VERDES

Tenía los ojos verdes
¡qué tormento!
Buscar verdad en el agua
y el agua la riza el viento.

Verdes como el verde mar
¡que agonía!
Eché mi pregunta al agua
y el agua no respondía.

Tenía los ojos verdes:
    por mi fé
que de todas sus palabras
si hay una verdad, no sé.

Verdes como el verde mar,
    ¡alma mía!
Tiré el corazón al agua
y el agua no le cubría.

ALMA, TENEMOS MIEDO...

La soledad empequeñece el mundo
á tiempo que dilata el corazón;
un resonar profundo,
eco en desmantelado caserón,
va deformando las palabras buenas
que escuchó el alma ó que soñó escuchar;
el recuerdo de las horas serenas,
el rumor de un suspiro... y al vagar
nuestra inquietud por el solar vacío
que el mundo entero á calentar no acierta,
á sí misma, loca de miedo y frío,
se llora como si estuviera muerta.

Y clama por la luz de la candela
que otras noches tendió propicias sombras
sobre el tillado. Hoy una bruja vuela
con alas de murciélago. Si nombras
para calmar la angustia de la hora
á tus amados, nómbralos muy quedo,
no vaya á oir su nombre la traidora.
¡Alma, tenemos miedo, mucho miedo!

TARDE DE JUNIO

TARDE de Junio: café elegante:
five o clok tea: cielo que arde:
brisa que apenas mueve los toldos:
música fácil: inglesas: ojos
azules, manos que hacen monadas
sobre los mármoles: blusas muy claras:
grandes sombreros con muchas flores:
bocinas de los automóviles...
—¿Trouville, Ostende ó Montecarlo?
—No: Italia, Roma, Foro Trajano.

MAYO NOS TRAERÁ LAS ROSAS

...El otoño ha traído su tristeza
y se ha echado á llorar como un hipócrita
sobre los males que nos ha causado.
¡Octubre, octubre, goza
que bien tienes por qué! Ya estamos tristes:
¿qué más quieres? La vida sandia y loca
nos ha enturbiado el agua con ceniza,
nos ha amargado el pan ¡Sea en buen hora!
Haremos versos para nuestra pena:
el dolor nos florecerá en la boca
perfumado como una violeta
de abril, y no será menos gloriosa

nuestra lamentación que nuestra risa,
porque sobre la hora
está el tiempo, y el sol sobre las nubes,
y la verdad es la verdad! Si rotas
tiene el alma las alas, la conciencia
le dice: « ¡Mayo nos traerá las rosas! »

EL CORAZÓN ESTÁ LOCO DE PRIMAVERA

PORQUE cuaja en el aire la dulzura de abril,
el corazón se ha vuelto loco de primavera.
Abrióse la inquietud—flor de nuestra pensil—
hecha llama, y el agua de la fuente es hoguera...
¡El corazón esta loco de primavera!

Está loco, y si quiere meditar, desvaría.
—¡Ay, alma, en otro abril, hemos soñado tanto!—
Si canta, su canción hace noche del día:
llora por ella, y luego, se ríe de su llanto...
—¡Ay alma! por qué habremos soñado tanto, tanto...!—

Algo va á florecer ó á morir, ciertamente.
— Florecer es morir dando aroma y quimera. —
Hay una profecía de locura en la fuente.
Algo va á florecer. ¿Dónde? ¡Quién lo supiera!
Corazón... corazón ¿será nuestra quimera?

¡El corazón está loco de primavera...!

EL MENSAJE DE LAS ROSAS

Á JUAN R. JIMÉNEZ

JUAN Ramón: esta carta es como una quimera,
puesto que nuestra muy amada primavera,
viniendo á despertarnos con una nueva rosa,
ha puesto un florecer de verso en nuestra prosa.
Madrid sin usted en mayo tiene poco sentido
sentimental, aunque hayan este año florecido
fragantes como nunca acacia y madreselva;
que en la palpitación vernal de nuestra selva
nos falta la dulzura de esa melancolía
que usted puso otros años en sus flores. María
dice que echa de menos un poco de violeta
con que velar su risa, y que sin el poeta

de *Rimas* y *Arias tristes* y *Jardines lejanos,*
que le enseñó el secreto del nido de las manos
para refugio de la frente y la añoranza,
á las puestas del sol les falta la esperanza
de ese misterio triste que baja de la luna
y que es como una copla de amores sin fortuna.

Ayer ha sido una noche obscura y serena,
de esas en que el silencio tibio duerme la pena
y despierta el recuerdo; además, en el viento
vino un son de sonata, y nuestro pensamiento
inevitablemente voló hacia el mediodía,
y fué á buscarle á usted en esa Andalucía
donde florecen juntos claveles y pesares
y donde las tragedias sollozan en cantares.

¿Qué cantares le han dicho á usted abril y mayo?
Aquí el sol nos ha puesto en la sangre un desmayo
y una honda vibración en el cariño; hemos
soñado mucho, leído poco, escrito menos.
Ha habido demasiadas rosas y demasiado

olor á hierba-luisa y á tomillo; han sonado
tantos versos y músicas, y tantas cariñosas
palabras...! Por lo cual los días, en ociosas
contemplaciones se han ido perdiendo en una
niebla sentimental; muchas veces la luna
nos ha visto pasar bajo el toldo florido
de las acacias, y simpática ha venido
charlando con nosotros de la melancolía
tan dulce del vivir: nuestra filosofía
le daba á veces risa y á veces compasión.
—Estas gentes se han vuelto locas del corazón—
le solía decir á la glicina, cuando
nosotros nos parábamos á verla, y, suspirando,
prendíamos en el azul de sus racimos
nuestras ilusionadas añoranzas. La vimos
una noche temblar y ponerse más pálida
porque hablamos de usted. Poeta, por la cálida
vibración que en la plata de su lumbre pusimos
evocando en un verso su nombre, le pedimos
que, en sus mandolinatas á la luna, se acuerde
de evocar en la música nuestra memoria. Muerde
la sierpe de la ausencia el hierro del querer,
mas si el querer se envuelve en rosas, suceder

suele que la alimaña se ensangrienta la boca
y el metal queda incólume. Si la luna está loca
por usted, si el cariño de unos cuantos poetas
le perfuma la vida, si le da sus secretas
vendimias la divina locura de Platón,
¿por qué le pone usted puertas al corazón
y cerrojos de plata? Los jardines se han hecho
para estar siempre abiertos de par en par, y el pecho
es un jardín en donde florecen maravillas;
los pájaros del cielo dejan caer semillas;
mas, si las torres dan su sombra á los planteles,
se marchitan los lirios, se mustian los claveles,
y las rosas, llorando, dejan caer sus hojas,
y escriben sobre el césped, con sus lágrimas rojas:
«¡Vengaos, corazones, de este corazón loco
que las mieles mejores del vivir tiene en poco,
y que arroja á los canes el pan de los amados!
Le quieren, y no quiere querer; lleva cerrados
los ojos para no ver que florece mayo.
¡Ay! cuando llegue octubre, tal vez pedirá un rayo
de sol de primavera, y ya no habrá mañanas
floridas, ya no habrá ojos en las ventanas
esperando que él pase, ya no habrá luminosas

sonrisas en los labios, ni palabras mimosas,
ni habrá cartas que vengan á decirle: Te quiero».

Juan Ramón, no desoiga usted el agorero
lamentar de las rosas, que ellas saben la vida
aún mejor que nosotros los poetas. Perdida
no puede estar del todo la esperanza, si aún resta
una flor de romero donde pueda hacer fiesta
la abeja libadora, que es el alma. Pasemos,
ya que el pasar es ley, pero no desdeñemos
ni á la flor por humilde, ni á la abeja por loca;
al cabo toda miel nos endulza la boca,
y aunque parques soñáramos con toda aristocracia
de bojes y glorietas, si encontramos la gracia
desaliñada de los huertos aldeanos,
amemos al romero como buenos hermanos.

Este sermón es todo porque bien le queremos
y porque, aunque usted nos olvide, harto sabemos
que una palabra buena llega siempre á su hora
si lleva una sonrisa al amigo que llora.

Á GREGORIO

POR SU CARTA DE PRIMAVERA Y DE CARIÑO

Está la luna triste, la casa está dormida...
y, en el duelo de esta noche de primavera,
la carta vuestra ha puesto en flor mi pobre vida
perfumada de muerte y florida de cera.

Esta noche de junio cantaban en mi alma
los ruiseñores, latía la carne joven
en un olvido mustio de viudez y de calma
con Schubert, con Chopin, con Schumann, con Beethoven...

Oh, la música! sólo la música! Era una
estrellación de plata sobre una fuente triste...
el esplendor de muerte de la divina luna
sobre el cantar del fondo de lo que ya no existe...

Y soñé que, una aurora, como los otros años,
se llenaría mi ilusión de golondrinas...
—¿De dónde vienes tú, viento de desengaños,
que dejas nuestro verde corazón en ruinas?

Es un oro lejano que embellece el camino,
un monte, un cielo azul, las cosas de la infancia...
mas luego llega el hierro, aprisiona al destino
y entre sus eslabones se muere la fragancia.

Cuando la primavera pase por mis jardines
y el aire del crepúsculo conmueva las estrellas,
yo ya no he de volver á coger los jazmines
pálidos, ni á mirar dolientemente á ellas...

Y... amigos! yo os perfumo de ensueño, yo os adoro;
y pues venís, llorando, á este hogar sin fortuna,
tomad mis alas blancas... vosotros sois mi oro,
mi cielo azul, mi monte, mi jardín y mi luna!

JUAN R. JIMÉNEZ.

LAS HORAS

OPTIMISMO DE LA MAÑANA

AIRE fresco de mañana,
aire de cristal!
Mi alma es como una ventana
sobre el estival
jardín en que ha florecido,
hecho evocación,
el eco nunca dormido
de aquella canción,
de aquella canción en donde
—panal y clavel—
un suave artificio esconde
un nombre de miel.

Aire fresco de mañana,
aire de cristal!
He salido á la ventana
—corazón leal—
á rezar mis oraciones
por el nombre aquel
de la que va en mis canciones,
de la que me es fiel,
de la que está, hecha fragancia,
en mi corazón
si lejos por la distancia,
cerca en la emoción...

Aire fresco de mañana,
aire de cristal!
Bendita la luz temprana,
oro en el trigal!
Benditas las amapolas
rojas de querer!
Las almas nunca están solas,
y si el padecer

de la ausencia, algunos días
nos hace llorar,
las suaves telepatías
vienen á enjugar
los llantos, amigas buenas,
manos de piedad...
Las mañanas están llenas
de fe y caridad!

Aire fresco de mañana,
aire de cristal!
Ella estará en la ventana...
todo el auroral
sortilegio del instante
le hablará de mí...
Para el corazón amante
no hay aquí ni allí.
Somos como saeteros;
por el aire van
nuestros dardos, que, certeros,
en el pecho dan,

y si acaso duele el pecho,
—¡ay, el beso aquél!—
la unidad de herida, ha hecho
que nos sepa á miel.
Y de ventana á ventana,
ríe nuestro mal
al aire de la mañana...
aire de cristal!

PESIMISMO DEL MEDIODÍA

No os da miedo la ausencia? Precisamente ahora
es mediodía. El oro de la luz nos parece
que ha de ser inmortal, y la lección de la hora
es pesimista, porque si la ilusión florece

en el deseo, el aire con su quietud metálica,
con su oro crudo, su fulgor insobornable,
nos muestra la verdad. ¡Oh, la dulce castálica
fuente, bajo la umbría! ¡Oh, el mentir perdurable

y misericordioso del viento entre la fronda!
¡Oh, la inmensa impostura de la voz de los mares!
—engaño de la espuma, sofisma de la onda,
voz de promesa en los monótonos cantares

de las sirenas que no existen, pero mecen
al corazón cansado como á un niño en su cuna!—
¡Ay, por qué mis amadas mentiras no florecen
á esta luz, y por qué nuestra mala fortuna,

alma, nos crucifica á la hora meridiana,
—leño de claridad con clavos de diamante?—
¿No os da terror la ausencia? Á mí sí. En la mañana
pudo el alma soñar:—La amada y el amante

sonreirán de lejos á la misma esperanza:
toda la tierra es poca para el alma y su vuelo!-
...Ahora el aire es metal bruñido, y toda lanza
se quebrará en su inmóvil tersura, todo anhelo

caerá, paloma con las alas destrozadas.
Los cuerpos son baluartes, y las almas están
prisioneras en ellos. Con las ensangrentadas
manos, por la muralla forcejeando van.

¡Y no hay salida... y no hay remedio..! Los corazones
están solos, y lejos, lejos... La ausencia existe;
las suaves telepatías fueron ficciones
del alma que no quiso saber que estaba triste...

Y ahora sabe de cierto que lo está. ¡Ay! ha podido
en sus alas de cuervo llevar la negra suerte
al corazón lejano la muerte ó el olvido...
El olvido, más fuerte que el amor y la muerte..!

RESIGNACIÓN DEL ATARDECER

DESPUÉS de todo, ¿qué vale la vida?
Después de todo, ¿al pecho qué le importa
que el dardo evocador halle dormida
al alma muy amada?... Si es tan corta

la vuelta de esta rueda lamentable,
si es tan breve el camino que debemos
caminar juntos, si es inevitable
el «¡Adiós para siempre!», si sabemos

que, hora larga tras hora, en breves días
el vivir va pasando, y que no vuelve...
¿para qué desgranar melancolías,
alma? La moribunda luz envuelve

este poco de tierra que alcanzamos
á ver, en honda paz. La hora florece
en una inmensa violeta... ¿Vamos
á florecer como ella? Bien merece

la paz crepuscular asentimiento
de nuestros corazones doloridos.
¡Vamos á florecer en sufrimiento,
corazón! Acordemos los latidos

de nuestra rebeldía á la piadosa
resignación del día que se muere.
¡Vamos á florecer en nardo y rosa!
—marfil, incienso y sangre.—Ella nos quiere

tal vez desesperadamente... acaso
nos olvida... ¡qué importa! La lección
santa y aquietadora del ocaso
rima á tono de ¡Amén! nuestra emoción,

y sonreímos como violetas,
y como atardeceres florecemos.
Puesta de sol, benditas las secretas
resignaciones que de ti aprendemos...!

PANTEISMO DÉ LA NOCHE

I

Yo no sé si la noche cae del cielo á la tierra
ó sube de la tierra al cielo. Sierpe ó manto,
enroscada ó tendida sobre nuestro quebranto,
en un círculo mágico le concreta y le encierra.

Sobre esos laberintos en que el corazón yerra
perdido en las revueltas del sí, del no, del cuanto
y del como, la sombra tiene hechizado un canto
restañador de las heridas que en la guerra

consigo misma, el alma, virgen loca, se infiere.
Inútil preguntar: «¿Me quiere ó no me quiere?»
«¿Duerme ó está velando»? «¿Me recuerda ó me olvida»?

La noche no contesta: sencillamente, acoge.
En un vasto suspiro, los suspiros recoge,
y en su quietud, se queda nuestra inquietud dormida.

II

¿Dormida acaso como duerme el niño en la cuna?
No, por cierto: dormida como el río en el mar,
—agua en el agua,— como el ritmo en el cantar,
—aire en el aire,—como la plata de la luna

sobre un caballo blanco,—también plata,—como una
mano sobre una frente en el acariciar,
como una boca sobre otra boca al besar,
como el vuelo en el ala, y la arena en la duna...

Así nuestra inquietud en la quietud se anega;
del fondo de la noche hasta nosotros llega
una palpitación que apenas es latido,

una voz que nos dice: Todo en el Universo
es uno: corazón, luna, sollozo, verso,
recuerdo, carne, aroma, risa ó cantar dolido...

III

Todo es uno, y tú eres dentro del todo, apenas
un latido del grande corazón, por lo cual
bajo la diamantina serenidad astral,
no merecen tan trágica lamentación tus penas.

Llora en tono menor; llora lágrimas buenas;
también la noche llora rocíos de cristal
sobre el espino del dolor universal...
Este es el sortilegio de las noches serenas.

Tambien la noche llora!... Este es el gran consuelo
este el círculo mágico que encierra nuestro duelo.
También la noche llora!... Y ya el alma embrujada

no acierta á distinguir su anhelo del profundo
anhelo que atormenta el corazón del mundo,
y se duerme en el sueño sin sueños de la nada...

ECCE VITA

Para explicar la génesis de mis divagaciones
—claveles rojos con rocío de emociones,
y con aroma de sueños y paradojas,—
sería menester un libro de mil hojas
cifradas en romántica notación de misterio:
música para ser tañida en un salterio
que tuviese por cuerdas fibras del corazón
del Universo: porque toda nuestra emoción
ha palpitado, antes de hacerse rima ó prosa,
en la luz, en el agua, en el viento, en la rosa,
en el temblar de los luceros, en los mares,
y su «¡Ay del alma!», en el «¡Amén!» de los pinares,
en el perfume de mentas y mejoranas,
incienso y sortilegio de las dulces mañanas

de aldea, en la misericordia de la luna
que nos hace olvidar toda mala fortuna
con la caricia en ópalo de su luz, en la zarza
del sendero, en el oro de la mies, donde engarza
su rubí la amapola, en la magnificencia
de una puesta de sol, en la benevolencia
de un crepúsculo lento ó una lluvia de mayo.
—¡Oh, el corazón dormido en el tibio desmayo
de la luz! ¡Oh, el deseo, ardiente serafín,
crucificando sus inquietudes sin fin
en la resignación del día que se muere!
¡Ay, el querer que ya no sabe lo que quiere!

Panteista mi sueño, maravillosamente
se pierde en la hermosura universal, y siente,
latido por fragancia, cristal por emoción,
fuente por verso, esa divina confusión
de la tierra y el pecho, del sol y la añoranza,
del despuntar del día y la buena esperanza,
del viento y la inquietud, de la nieve y la paz,
de la flor de romero y la ilusión tenaz,
de la carne hecha incienso por la lumbre de estrella

que encendió un querubín en los ojos de Ella...
Y, aunque bien sabe que la muerte está acechando,
él se siente inmortal, y va saboreando
en el «quia pulvis es» la gran verdad gozosa
que asegura á la carne nueva vida en la rosa.

Esto es todo: la tierra y el amor, tejedores
de los días más claros y las rimas mejores.
Esto es todo: la vida hecha serenidad;
las horas florecidas por firme voluntad
en sonrisa y trabajo, en cariño y anhelo;
la ilusión que levanta sabiamente su vuelo;
la prosa en arabesco, y la rima serena;
el libro que sonríe porque la vida es buena;
el poeta que va soñando sus canciones
en la penumbra mística de sus meditaciones;
la Amada que sonríe y repite con él:
«¡Hoy son flores azules, mañana será miel!»

FIN

ÍNDICE

ÍNDICE

LOS ROMANCES DEL HOGAR

LAS CIUDADES ROMANTICAS

PAISAJES ESPIRITUALES

EL MENSAJE DE LAS ROSAS

LAS HORAS



